

BUEN HUMOR



Dib. K-HITO. — Madrid.

— ¡Respetable público!... Ayuntamiento de Madrid

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Entre oficiales de la escala de reserva.
— ¿Sabes que hace tres meses pedí el retiro?
— No te lo darán.
— Sí, hombre, sí.
— ¡Qué me cuentas!... ¡Mañana mismo pido yo la Casa de Campo!

JOSÉ GÓMEZ POLO. — Valencia.

En la calle del Sombrerete ocurrió el otro día un espantoso crimen. Al presentarse la criada de la casa ante el juez, éste le preguntó:

— ¿Qué sabe la testigo?
LA CRIADA (muy azorada). — Pues lavar y hacer las camas.

FRAY CHIRIPAS. — Madrid.

— Juan, ¿llevaste la carta que te di para el general?

— Sí, señor; pero me parece que no podrá leerla.

— ¿Por qué?
— Porque cuando entré en el despacho me preguntó: «¿Y el sombrero?»
— ¿Y qué?...
— Pues que no veía mi sombrero, ¡y eso que lo llevaba puesto!...

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

— ¿Cuál es el Cuerpo peor vestido?
— El de Bomberos, porque siempre andan arrastrando las mangas.

JULIÁN RAMÍREZ. — Madrid.

— ¿En qué se parece el mar a un parque zoológico?

— En que en el mar hay espuma, y en el parque lo que hay es-puma...

6-D-2.

En unas elecciones.

Un mozo de cuerda va a votar con

nombre supuesto. El presidente le pregunta:

— ¿Su nombre?

EL VOTANTE. — Fulano de Tal.

UN INTERVENTOR. — ¿Profesión?

EL VOTANTE. — ¡General!

EL PRESIDENTE (dirigiéndose a los interventores). — ¿Con-cuerda?

EMILIO MADROÑERO. — Madrid.

— ¿Por qué los músicos de la banda municipal no pueden usar gabardina de moda?

— Por no ir contra-Villa...

GALLEGO. — Madrid.

— ¿En qué se diferencia un niño llorón de un perrero?

— En que el niño coge una perra, y se calla; y el perrero coge una perra, y le chillan.

6-D-2.

El premio del número anterior ha correspondido a **Santiago Santacrú, de Madrid.**

En estos días es cuando más indicado está el uso

de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

de

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de septiembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo noviembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de octubre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de septiembre, insertos en esta página. A los *suscriptores*

de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 15 de octubre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

5. — Raquíptico.

SERMIL

6. — Juerga.

— Te has equivocado, Matías. Al estallar el conflicto de Correos, dijiste: «Sánchez Guerra se *tercia-prima*.»

— Yo no dije eso. Dije lo contrario: «Sánchez Guerra resiste, y el Cuerpo huelguista se *segunda-prima*.»

— Así está bien, porque el presidente no es ningún *segunda-tercia*.

— ¡Menudo *todo* que se va a correr con Piniés, celebrando el triunfo!

7. — Competente.

SER R A I S I O D

8. — Libro y cónsul.

100

SOBRESALIENTE

9. — Enfermedad.

MONJA

NASA

A

10. — Algo muy bajo.

PIEZA DE
ARMADURA

EÇA DE QUEIROZ

CUPÓN

correspondiente al número 41
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

11. — Mi tía.

— ¿De dónde vienes tan pálido?

— He tenido una cuestión con un *quinta-segunda*, nos hemos zurrado de lo lindo, y al final, después de recibir una enorme *segunda-quinta*, he hecho el *segunda-tercia*, dejándole marchar.

— Pues cuidate, a ver si ahora *quinta-prima* en la cama.

— ¡No hay cuidado! Ya he entrado en reacción, a fuerza de *cuarta-tercia* que me ha dado *todo*.

CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de septiembre.



SONRÍASE

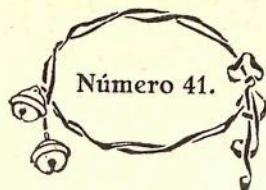
después de haber usado

PASTA DENS

que blanquea los dientes

TUBO 1.50

y perfuma la boca.



LA SEÑORITA AMÉRICA



CUANDO me pude detener, ya era tarde. El abanico que ella, a mi paso, dejó caer al suelo con una naturalidad tan bien fingida que parecía más verdadera que si lo fuese, había ya dejado de existir. Expiró en el acto, lanzando un «¡ay!» por cada varilla, bajo los setenta kilos y pico de que yo era y sigo siendo portador, según el autorizado dictamen de las básculas en mis recientes consultas últimas.

Procedí, consternado, al levantamiento del cadáver — ante el que ella lloró de risa —, y sin dar crédito a los exclamativos aspavientos de la desconocida cuando yo hablé de reparar aquella pérdida, la dejé espléndidamente reparada en el primer bazar que encontramos.

Media hora después, bajo una mesa del restaurante más caro y más malo, pero donde toda la gente de buen gusto se empeñaba en ir a perderlo con la más *chic* y estúpida de las abnegaciones, los lindos y minúsculos zapatos de la señorita América — se llamaba América — entablaban con los asesinos de su abanico un vivo diálogo en esperanto, cuya traducción no creo que nadie estime muy necesaria, dada la identidad o similitud entre los términos en que tal suerte de diálogos suele desarrollarse.

— Heme aquí — yo pensaba — siguiendo las huellas y acaso en camino de ceñirme los laureles de Pizarro y Hernán Cortés, de tantos otros ilustres capitanes cubiertos de gloria

en la conquista de América. Yo la he empezado por la Patagonia, mejor dicho, por lo más último o austral de la Tierra del Fuego, el cabo de Hornos; pero confío para muy en breve — pasando, si me es preciso, por los *pagos argentinos* — ascender por los Andes, y, reuniendo en Valparaíso todas mis fuerzas y haciendo simultáneamente sentir mi empuje lo mismo en el frente que a retaguardia, en el opulento territorio brasileño, meterme en Honduras con un movimiento envolvente de todo Centroamérica, y en seguida atacar a fondo y entrar a sangre y fuego en el Perú...

Mas el cabo de Hornos — bueno,

ya se me entiende —, las extremidades inferiores de América, abandonaron sus posiciones.

— Señor Palomeque... — dijo mi amiga, encarándoseme con su sonrisa más seductora —, voy a decirle a usted la verdad: yo soy de la Policía.

— ¿De la Policía? ¿Que es usted de la Policía?

— El número dos, señor Palomeque, en las oposiciones últimamente verificadas. Hace tres días que se le vigila. ¿Cómo es posible que no lo haya usted notado? Tres días justos, señor Palomeque... Hoy, por enfermedad de la compañera que con otro agente turnaba en este

servicio, se me ha designado a mí para sustituirla, y yo he pensado que tanto mejor podré cumplir mi cometido cuanto más cerca le tenga a usted. Por eso, y sólo por eso, es por lo que... ¿Usted me comprende?

— Lo que comprendo es que bromea usted a mi costa. ¿Qué es lo que yo he hecho para merecer del Estado la adjudicación de una señorita de compañía?

— Pero ¡cómo, señor Palomeque!... ¿Usted no sabe que su muerte está decretada, está solemnemente decretada por los Sindicatos de La Viruta y El Aserrín reunidos? ¿No ha recibido usted ningún anónimo?

No; yo no sabía nada. No había recibido anónimo alguno. Pero, ¡ah!... Desde el día siguiente los tuve a pasto, y cada vez más sanguinarios y perentorios.

Lo confieso: si no miedo precisamente, algo sentí que se le parecía como si



Dib. SILENO. — Madrid.

realmente no se tratara de otra cosa. Era uno de esos terribles momentos en que la marca «Star» de pistolas, a costa de la densidad de población, intensifica violentamente su campaña de propaganda por el hecho. El plomo sindicalista se apuntaba un blanco a la vuelta de cada esquina. Había, pues, sobrado motivo para mi alarma: alarma que cotidianamente los anónimos acrecentaban más y más.

Iba, por consiguiente, a todas partes acompañado de mi amiga, que cenaba conmigo todas las noches, o seguido de cerca por su compañero, a quien todos los días sentaba a mi mesa, y con el que después solía jugar una partida que, por cierto, perdía yo indefectiblemente, con todo y ser excelente partidista. Llegué a no atreverme a dar un paso sin la asistencia de alguno de mis *a láteres*.

Ellos, por su parte, pero muy señaladamente América, se desvivían por confortarme con su asidua propinquidad. En los teatros, en los tés danzantes, en los parques

nocturnos de recreo, dondequiera que la llevara o me llevase, América no se apartaba ni un solo instante de mi lado. Con este objeto, asimismo, decidió instalarse en un hotelito del extrarradio, que era, por decirlo así, como el baluarte de mi independencia de soltero, y en el cual, desde entonces, pernoctamos juntos, con gran contento del pan-americanista que se habrá supuesto alentaba en mí.

Para corresponder a tanto celo, yo obsequiaba a América con costosos estuches de golosinas, pomos de esencias, etc., etc., y con aquellas joyas, en fin, por las que ella se me hubiese mostrado cautivada ante las vitrinas a que me arrastrase a contemplarlas. Respecto al agente, su compañero, cuya afición a las buenas tajadas, al alcohol potable, bajo cualquiera forma de envase, y a las aromáticas labores de Vuelta-Abajo no me era desconocida, permítome suponer que consideraría decorosamente recompensados sus servicios.

¿Cuánto duró aquello? ¿Qué ha-

cían mientras tanto los Sindicatos de La Viruta y El Aserrín reunidos?

Cierta noche, al despertar de un sueño de más de veintidós horas — indudablemente me habían dado un narcótico —, me encontré tumbado, en traje de calle, sobre un diván de mi hotelito de soltero, y en un bolsillo interior de la americana — del que había sido extraída la cartera para hacer sitio, sin duda —, un folleto regularmente voluminoso, bajo cuyo título — *Escalafón del Cuerpo de Policía* — vi autografiada esta dedicatoria: *A su Pizarrín, la libre América*.

¿Debía aún incurrir en la necesidad de hojear aquel mamotretro?

Lo arrojé con furia, con verdadera furia, contra aquello que quiso estar enfrente (una mayólica que tenía en gran estima).

Harto se me alcanzaba que, por más que mirase, no lograría descubrir a América, y que era ella, por el contrario, que era precisamente América la que había descubierto a Colón.

GALANTUOMO



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— Y usted, ¿de qué sueldo goza?
— No gozo; padezco un sueldo de dos mil pesetas anuales.



Dib. CHESK. — Madrid.

EL MIRLO. — ¡Qué carácter más raro el de estos socios!... ¡Siempre están en los sitios donde hay más fruta, y no he visto a ninguno coger una manzana!..

DIVULGACIONES PINTORESCAS

Los grandes inventos.

LA FOTOGRAFÍA

Hijo del hidalgo italiano Luigi Porta y de la noble corsa Eleonora Piumma, nació en Parma, allá por el año 1560, Pietro Porta, quien jamás usó juntos los apellidos de sus progenitores, porque lo de apellidarse Porta-Piumma no le parecía serio.

Pietro era díscolo de suyo: la Gramática le repelía más que un sifón, y en cuanto a Geometría, no salía de los círculos viciosos, donde a diario se dejaba las piastras substraídas de la escarcela paterna. Resignado con su mala suerte, puesto que un parmesano tenía que *parmar* forzosamente, sufría con cristiana resignación los castigos que le imponía su padre; consistía el más corriente en meter a Pietro en un cuarto obscuro de la casa, guardándole encerrado diez y doce horas. Y he aquí cómo lo que pretendían que fuese castigo convirtiéndose en manantial de gloria para el travieso Porta, que, en fuerza de pasarse la vida en tinieblas, no tuvo más remedio que inventar la *cámara obscura*, aunque su padre, egoístamente, tratase de disputarle la primacía en el invento.

Pero la *cámara obscura* sólo era el primer paso para llegar al invento que nos ocupa.

Pietro presentía que de aquello debía salir algo glorioso. Y abandonando sus vicios y sus diversiones, dió en pensar noche y día, sin que la luz deslumbradora del genio iluminase los tenebrosos y torturados rincones de su cerebro. ¡Ole!

En vano sus padres le interrogaban afanosos, en italiano, naturalmente:

— Pero ¿qué te pasa, Pietrino?

— ¿En qué piensas, hijo de mis entrañas?

— ¿Qué te acaece, vástago?

Nada. Todo era más inútil que Romanones. Pietro vagaba insomne y meditabundo. Vagaba por aquí, vagaba por allá, hasta que, hartos el padre de tanta *vagancia*, hubo de llamarle a su presencia, sosteniendo con él este diálogo, que copiamos y traducimos de un pergamino hallado en *Los Gabrieles*:

— Pietro — dijo el padre, mien-

tras masticaba un trozo de jamón crudo —: esto no me gusta.

— Que te lo frían — respondió respetuoso el hijo.

— Refiérome, pedazo de animal — musitó cariñoso el hidalgo —, a éste tu carácter taciturno. ¿A qué obedece?

— Obedece, apreciable padre, a que dentro de mi invento de la *cámara obscura* hay algo.

— ¿Dentro de la *cámara obscura*?... Ratones...

— ¡Azufaias en vinagre! — arguyó poéticamente el mancebo —. No he de toleraros, padre, que le sobéis la caspa a la génesis, al embrión del invento más notable que verán los siglos. ¿Ignoráis que, cuando llegue a inventar la fotografía, habré hallado un poderoso auxiliar para la Historia, para la Ciencia y para las corridas de toros? ¡De mi invento, cuando lo invente, se derivará el cinematógrafo, para pas-

mo de las generaciones venideras y perdición de las tobilleras del siglo XXI...

— ¡Macarrones nacionales, hijo mío! Tú te has agarrado a eso de la *cámara obscura* para no trabajar..., y te vas a ver negro.

— ¡Pero si me falta algo, me falta algo! — gemía el doncel, clavando los incisivos en el gualdo birrete.

— Te falta que te monde yo de un guantazo. Esto de la *cámara obscura* s'ha acabao, galán. Es menester que tu vida tenga un objetivo...

— ¡¡¡¡¡Aaaaah!!!! — gritó epiléptico el mozo —. ¡¡¡Un objetivo!!! ¡Es verdad!! ¡Eso era! ¡Eso me faltaba! ¡Un objetivo!...

Y, claro, con la *cámara obscura* y un *objetivo*, no tuvo más remedio que inventar la fotografía.

F. RAMOS DE CASTRO



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¡Desvergonzado!... ¿Es ésa la forma de hablarme a mí, a la hermana de tu padre?...

— ¡La estoy hablando como se habla a una tía!...

EL "CAPICÚA"

Una de nuestras ilusiones juveniles más pertinaces, y desde luego la más castiza, ha sido la del *capicúa*. Ilusión que, por lo demás, no pasó nunca de ser eso: una bella ilusión incumplida.

En vano hemos frecuentado las líneas más absurdas, obsesos, como por un áureo vellocino, por la sugestión del *capicúa*. Recorridos excepcionales, verdaderos derroches de paciencia, arriesgadas expediciones — Red de San Luis-Prosperidad, Puerta de Sol-San Francisco —, no lograron ablandar al Destino: el *capicúa* no se nos presentaba.

Ultimamente, el cobrador, a cambio de unas calderillas, puso en nuestras manos un billete: el 30.902, ¡casi *capicúa*! Por casualidad, no era nuestra una de las codiciadas combinaciones numé-

ricotranviarias. ¡Ah! Pero iba a serlo... Intentamos sobornar entonces al cobrador, regodeándonos por anticipado con la perspectiva de presentarnos ante amigos y familiares como poseedores de un legítimo *capicúa*. Pero nuestras secretas esperanzas se vieron deshechas acto continuo por el empleado.

— ¿Ve usted ese caballero que acaba de apearse en marcha? Ese se ha llevado el billete que usted me pide — nos dijo.

Esta fué la ocasión en que estuvimos más cerca del *capicúa*. Después, la fe perdida, hubimos de renunciar forzosamente a su persecución, aunque no hayamos podido separar por completo nuestra atención de esas tres sílabas, sonoras como un reclamo fatídico. Y esta preocupación por el *capicúa* es la que nos ha movido a formular aquí algunas consideraciones acerca del mismo.



Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

— En lo que va de la guardia he metido en el calabozo a veinte soldados.
— Tú siempre me has parecido un hombre de arrestos...

Puede decirse que las ciencias deben su origen, y gran parte de su desarrollo, a la paulatina aportación de teorías individuales al campo de los conocimientos humanos. La ciencia del *capicúa*, ciencia eminentemente madrileña, está por descubrir aún. Animados de un verdadero celo científico, brindamos a los futuros historiadores de la nonnata ciencia lo que podríamos presentar como nuestra *Teoría del capicúa*.

Conviene que el historiador no se deje engañar por las apariencias. Así, que hoy no se encuentren ni rastros de *capicúas*, en modo alguno autoriza a dudar de su existencia (1). En el fondo de todo mito hay una base de realidad. Aun considerando mitológico, pues, el objeto de nuestras investigaciones, fuerza es suponer que en un principio los *capicúas* debieron ser algo con existencia irrecusable. Su origen puede hallarse fácilmente en el espíritu de propaganda. Las primeras Empresas tranviarias se propiciaban la asiduidad del público con el anuncio de sugestivos regalos a que tendrían derecho cuantos presentasen un billete *capicúa*. Ni más ni menos que un bar recién inaugurado, dichas Empresas rifarían entre sus favorecedores entradas para los toros y libras esterlinas. Todo ello hasta convertir el tranvía en un medio de locomoción insustituible para el público.

Como es natural, una vez conseguido este fin, los *capicúas* empezaron a desaparecer de la circulación. Como esto no bastase — ¡hubo quien se dedicó a falsificarlos! —, se suprimieron en absoluto las rifas de regalos. Con todo, los *capicúas* siguieron excitando la afección del público. Puede suponerse que la superstición popular había atribuido secretas virtudes a esos trocitos de papel, numerados con arreglo a una simetría caprichosa. Cabe asimismo admitir la hipótesis de que hubiera quien se dedicase a la reventa de *capicúas*, así como hoy vemos a otros revender papeletas caducadas del Monte.

Precisamente, de esta última hipótesis arranca lo que pudiéramos llamar «edad contemporánea» en la historia del *capicúa*. En el periodo de tiempo que esta nueva época abarca, el *capicúa* llega a ser un objeto de exportación, como las frutas de Valencia y Murcia. A fines del siglo XVI, Essex, que había saqueado concienzudamente la ciudad de Cádiz, introduce en Inglaterra la moda del jerez. «El buen jerez — decía — da valor.» A principios del siglo XX, algún diplomático castizo lleva al extranjero la moda del *capicúa*. «El *capicúa* auténtico da buena suerte», habrá dicho. Y el *capicúa* se puso en boga. Y es que el *capicúa* vence en simbolismo, en poder de sugestión, al *Relicario* cantado por Raquel. Al fin y al cabo, el

(1) Con el mismo fundamento podríamos negar que existen billetes de mil pesetas. Y, sin embargo, los hay. Cuando menos, así nos lo ha asegurado confidencialmente un *croupier* amigo nuestro.

Relicario no pasa de ser, según los revisteros parisienses, un poema de amor. Eso, en París, puede tener cierto atractivo. Para imponerse al carácter inglés, en cambio, tropieza con un serio escollo: la moralidad puritana. «¿Una historia de amor? ¡A ver qué hay dentro!»

Por el contrario, el *capicúa* tiene mucho adelantado para señorearse del alma inglesa, brumosa, ávida de exotismos. Los viajeros que con periodicidad indefectible lanza Inglaterra sobre el continente, prometerán a sus familias: «Os traeré un *capicúa*»; sin que falte la ingenua *miss* que conteste a su padre: «Tráete dos...; criarán...» Las agencias de viajes insertarán en sus prospectos de excursiones a España: «Viaje en primera clase, incluidos medios de locomoción, hoteles, museos y *capicúas*...»

Y, en fin, no desconfiamos de que con el tiempo las prensas de Leipzig den a luz algún manual en veinte tomos, aproximadamente, sobre *El capicúa: su historia. Consideraciones sobre la idiosincrasia española en sus relaciones con los modernos medios de locomoción*, etc., etc., subscrito por un herr profesor cualquiera.

Más para entonces, en ese futuro sonriente, el *capicúa* será tan sólo un recuerdo glorioso más, una especie desaparecida: algo así como el *diplococus* o como la gramática de nuestros periodistas.

ANSELMO REGUERA.

LOS PELOS DE LA CARA

La forma (corriente o rara)
de llevar (los señoritos
y los zafios) sus pelitos
en la cara

sufre en los días actuales
un cambio que toma vuelos,
y de ello voy a dar pelos
y señales.

Por lo que vengo observando,
la costumbre consabida
de gastar barba corrida
va pasando,
y hoy los hombres se deleitan
(algunos de un modo cruel)
en descabellar su piel...
y se afeitan.

Los bigotes recortados
llevan hoy; es lo corriente,
y van muchos totalmente
rasurados.

¿Veis (gracias a los barberos)
cómo la perilla ya
no la llevan ni los a-
labarderos,

y de patillas no hay más
que las del grupo pequeño
de Weyler, Labra y Luceño
(don Tomás)?



Dib. MANZANEDO. — Madrid.

— ¿Gritaría usted, Gertrudis, si le diera un beso?

— ¿Gritar, con la ronquera que tengo?... ¡Imposible!...

Pues de los seres peludos
van siendo, y a grandes pasos,
cada día más escasos
los barbudos.

Van aquí (como en Estella) (1)
de cada cien semejantes,
dos con barba; los restantes
van sin ella.

Hoy casi todo cristiano
lleva «el espejo del alma»
(vulgo faz) como la palma
de la mano,
y más de dos caballeros
parecen, por sus semblantes,
presbíteros, comediantes
o toreros.

Sólo, según Juan Ruibarbo (2),
quedan con barba el «papel

de barba» y la esposa fiel
de algún barbo.

Un ejemplo, finalmente,
puedo poner en seguida
de que hoy la barba corrida
no es corriente:

En casa de don Luis Vera
(plazuela de Capuchinos)
llevaban quince vecinos
barba entera.

En época más reciente,
las barbas ya escaseaban,
y dos vecinos la usaban
solamente.

Y hoy, según dice el portero,
con barba corrida y negra
no queda más que la suegra
del casero!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

(1) Ripio con toda la barba.
(2) Ripio purgante.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL ARTE DEL RECLAMO

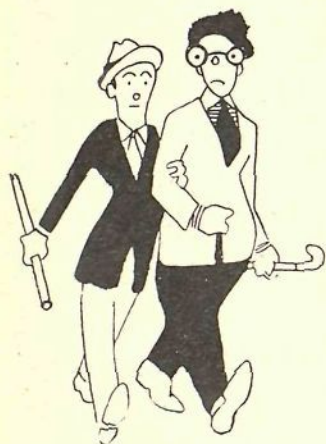
La reciente caída de Gabriel d'Annunzio desde un balcón de su villa ha puesto de relieve una cuestión a señalar, que es el arte del reclamo, cultivado por las eminencias europeas.

Un día el poeta de *El fuego* lanza proclamas sobre Viena; otro se une eternamente a Eleonora Duse; más tarde se declara emperador de Fiume independiente... Todos estos actos responden a un legítimo deseo de exhibición. D'Annunzio no puede pasar una semana sin que la

¿Quién podría precisar, sin un detenido y abrumador estudio, las veces que hemos leído, llena de espantosos detalles, la muerte de Lenin?...

Un día la apendicitis, otro un pescado en malas condiciones, otro el puñal sectario, otro el tósigo, otro el cañón, otro el revólver, y hasta la raqueta y las tijeras de las uñas causan la muerte del dictador.

A veces su cadáver es arrojado al Don; otras, las llamas purificadoras que incendian el Kremlin, lo carbonizan; en otra ocasión es entregado a sus familiares, que le dedican un modesto entierro de tercera.



Prensa mundial se ocupe de él. Por esto, en un rapto de desesperación, con vistas al reclamo, el poeta se deja caer desde un balcón.

Desde este momento, el asunto pasa a manos de una complicada oficina de propaganda, cuya admirable organización hace llegar a todos los confines del planeta las noticias de su estado, de los partes facultativos, pulsaciones, diagnósticos, horas de alimentos, a un tiempo que hace correr las distintas versiones de que puede morir, que quedará ciego, que no es tan grave su estado, que mejora rápidamente, etc. |

Gabriel d'Annunzio es el rey del reclamo mundial. Con él comparten esta soberanía Lenin y Frégoli. (Nótese la tendencia del espíritu italiano a la *réclame*. Caruso, en vida, llevó el cetro del reclamo; y hoy, casi toda la segunda clase de reclamistas la llenan los divos italianos.)



Dib. BELLÓN. — Madrid.

— ¡Chica, ni que llevara trigol...
Toda la tarde detrás de mí esos
pollos.

— ¡A ver si es que llevas cebadal...

Y a los pocos días hay un telegrama que nos dice que todo fué una broma, que Lenin está bueno y sano, y que desayuna diariamente con *marrons glacés*.

En cuanto a Frégoli, se reduce su reclamo a anunciar dos veces anualmente su muerte, y a desmentirla después, añadiendo que prepara su definitiva *tournee* de despedida por el mundo entero.

Estas tres figuras ocupan el primer plano, sin tener quien las supere. Algún día, un ministro alemán se hace asesinar con la esperanza de que se hable de él. Pero esto no basta para mantener sobre él la atención mundial más de tres días.

En España, a medida que la civilización se acerca, surgen reclamistas insignes. Ya existían como fruto espontáneo de nuestro suelo, y eran los toreros, que aumentan la gravedad de sus heridas en los telegramas, para apasionar a la afición.

Pero no es esto el reclamo al estilo europeo.

Raquel Meller, cuya efímera unión con Gómez Carrillo le ha dado el carácter de trágica eminente, no pierde ocasión de romperse un brazo, de ser herida por un espectador con una moneda, de ser secuestrada, de que le roben sus alhajas, de ser corneada por un becerro, a fin de darse el gusto de atraer la atención sobre sí.

A Raquel, en el reclamo español, siguen Pastora Imperio, Romanones, Benavente y el general Weyler. Pastora ha sufrido terribles accidentes y robos audacísimos. Romanones, cuando nota que el silencio le rodea, lanza sus traviesas declaraciones. Benavente dice que se retira y que no se retira, que prepara varias obras, o que sólo escribirá cuplés. Weyler sabe buscar el momento inoportuno para manifestar también sus opiniones.

Señalamos estos casos, como hemos dicho, para dar a conocer el estado del arte del reclamo en España, declarando nuevamente que el cetro pertenece al autor de *La hija de Iorio*, que hoy agoniza, que mañana se dedicará a la cría de antílopes, y después, por este orden, presidirá un Consistorio en el Vaticano, recibirá un balazo en el corazón y descubrirá un substitutivo del alcohol alcanforado.

José LÓPEZ RUBIO.

CHIRIGOTAS VERANIEGAS

Los placeres del campo.

Yo no sé si fué fray Luis, Baltasar del Alcázar o Pepe el Federal quien dijo que el campo y sus placeres para los labradores.

Madrid es en verano inapreciable; ya lo dijo el clásico: «Madrid, en verano, sin familia y con algún dinero, Baden-Baden.» En agosto no molesta en Madrid más que el frío. Pero como es moda viajar, como han dado en decir que es sano el campo, hemos tenido que emigrar, y por el campo hemos rodado, sudando y descomiendo este verano.

¡Los placeres del campo!... ¡La tranquilidad del campo!... ¡La paz, el silencio, el reposo del lugar!... ¡Habrán farsantes!...

¿Ustedes saben lo que es un lugar? Pues un lugar es nada menos que el Infierno. Así como suena. Lo dice el padre Ripalda. ¿Que no?... Oído al texto:

«P. — ¿Qué es el Infierno?

«R. — Un lugar al que...», etc.

Pues yo, señores, he estado en un lugar de cuyo nombre no quisiera acordarme. Todo el año trabajando como un cuadrúpedo para que el médico, y los amigos, y la familia le envíen a uno en busca de reposo, de silencio, de aire puro, a un lugar...

— Allí se pondrá usted como nuevo; allí sanará su espíritu de usted — me decían —; allí ahorrará usted aunque no quiera, porque no hay teatros, ni cottes, ni ruleta...

Y al lugar me fui, y vais a saber cómo me fué en el lugar.

Me hospedé en casa de una parienta lejana, tan llana y francota que me dijo al verme:

— Aquí toos semos unos; que no te vayas tú a creer que, por ser de los *Madrides*, vamos nosotros a salir de nuestro paso. Aquí, sota, caballo y rey. *Too* muy sano, eso sí; pero sin requilorios ni pamplinas. *Toa* la casa es tuya; dormirás en la cama que me regalaron cuando me casé. Ya la *ties prepará* como *pa* una novia... Y ya está dicho *too*... A las doce se come, a las siete se cena y a las ocho estamos *toos* durmiendo como ceporros; conque una vez que te he *leío* la cartilla, me voy a preparar la cena... *Diquiá* luego.

La parienta lejana de mi madre desapareció, dejándome «sumido en un mar de confusiones».

En el lugar se alumbraban con candil o con tintillo de Rueda; luego lo que procedía a las ocho de la noche era dormir.

«Veré amanecer me dije : así como así, yo he venido en busca de una cura de reposo...»

Aquella mi primera tarde pueblerina la pasé rabiando. De un lado el calor y los mosquitos; de otro, el humazo negro, denso, maloliente de una ígnea montaña de estiércol en cuyas entrañas se cocía el ladrillo, ora recocho, ora pintón, hicieron que me bebiera media docena

de botijos de agua, a pesar de ser salitrosa y estar *calenturria*.

El abuso del agua me obligó a dialogar con mi parienta:

— Por allí encontrarás *deseguía* el corral... Toma, *condenao* — añadió.

— Llevo en el bolsillo — le respondí al mismo tiempo que apretaba el paso.

— No seas tan agudo y llévate esto, muchacho.

Volvi la cabeza, y vi que me daba un sable enorme, de aguzada punta. Mi asombro no tuvo límites.

— ¿Para qué necesito armas? — le pregunté.

— Por que está suelta la gorrina, y es muy *remalona* y pue que te acometa.

— Pero ¿ustedes llevan siempre el sable en la mano?...

— Toma, y a veces *ties* que *pinchala* pa que se vaya.

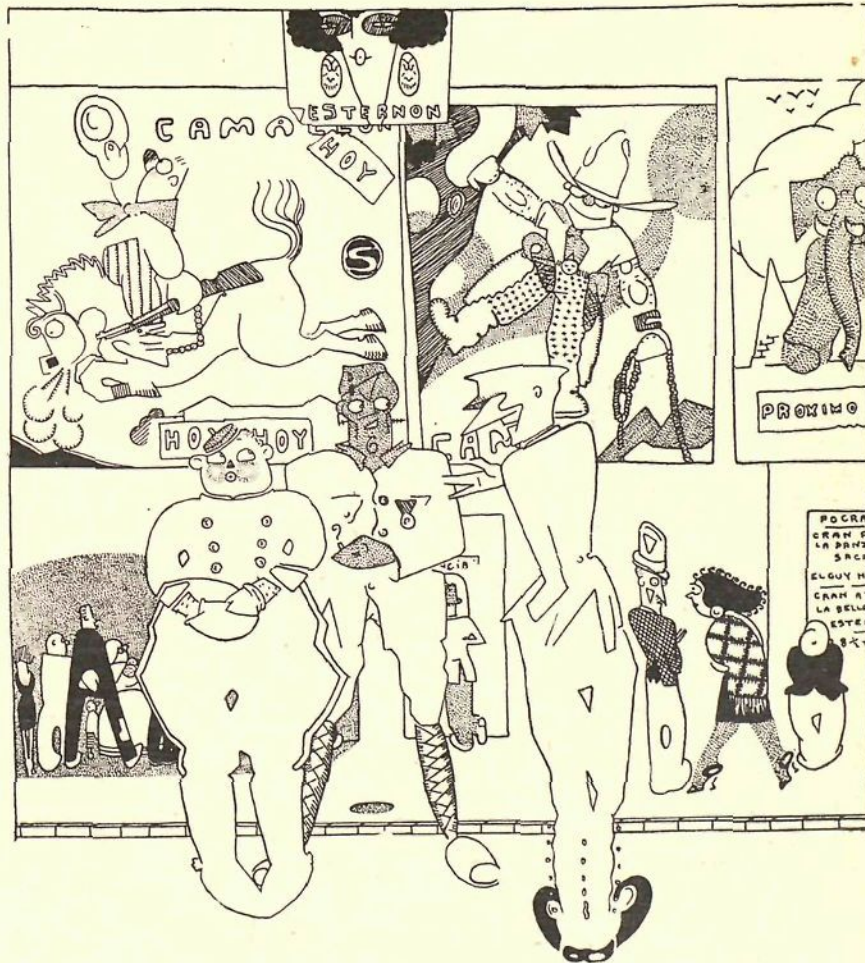
La idea de que la gorrina... obró en en mí más eficazmente que si hubiera recurrido a Vivas Pérez. El disgusto me quitó el apetito y apenas cené.

Se hizo de noche, y la dueña del casu-

cho — mi querida tía política [en tercer grado — me facilitó, después de muchas súplicas, un cabo de vela que tenía pa espantar las tormentas y las raposas.

Abri la ventana de mi alcoba — llamemos alcoba a aquella pocilga —, y respiré otra vez el humo. A los pocos minutos había alrededor del temblaqueante pabito un millón de bichos con alas y cuatro o seis murciélagos, que amenazaban con sumirme en las más tenebrosas tinieblas apagando la vela. Lo que temía, sucedió. Un murciélago gigantesco, mayor que un Havilland, derribó con la hélice el cabo, y quedé a oscuras. Renuncié a la luz, y vestido y calzado me tendí en la cama. Las almohadas, la sábana de arriba, la de abajo, el jergón, todo estaba tan requetelmidonado, que parecía cartulina. Cerré los ojos, y comencé a quedarme dormido.

A poco sufrí el primer sobresalto. Debajo de mi ventana estallaron dos cohetes, que a mí me parecieron granadas del 42. Después del estampido oí un



ENTRE SOLDADOS

Dib. ANSUÁTEGUI. — ZARAUZ.

— No sé cómo os gustan las películas americanas. ¡En todas las escenas hay ranchos!...

acordeón, y a poco cuarenta o cincuenta beduinos cantaban al pie de mi reja:

«Es Diego Montes un famoso bandolero...»

¡Me estaban dedicando la ronda los mozos del lugar! Yo me hice el *lipendi* y no dije esta peseta es mía; pero no me valió. Un mozo, con la voz más gorda que Masini Pieralli, dijo a gritos:

— Como no *mus den pa vino*, le prendemos fuego a la casa.

Mi tía vino a mi cuarto, me explicó la costumbre del pueblo, y tuve que echar a los de la ronda un *amadeo* para vino.

Pero, ¡ay!, que fué peor el remedio que la enfermedad. A la vista del duro, monedra para ellos casi desconocida, despertó en los rondadores un entusiasmo loco, y copla va, copla viene, no me dejaron pegar un ojo. La del alba sería cuando...

TORRES-ASENJO

(Se continuará.)

== LAS COSAS DE LOS TEATROS

"¡PARÍS!"

París — según la versión castellana que han hecho los Sres. Martínez Olmedilla y Tedeschi de las noticias de un italiano llamado Adami — es una población en la que tienen puestos sus ojos los músicos incipientes de Italia. Van a la capital de Francia provistos de una partitura regular y de una esposa bella. y por procedimientos inconfesables estrenan la producción, a reserva, naturalmente, de lo que el público opine... de la música y de su decoro.

Esto es lo único que nosotros

hemos podido averiguar de París, a través de la obra estrenada hace varios días en el teatro Infanta Isabel. Claro es que ni el auditorio que acudió a la representación, ni los actores, ni los autores, ni nosotros podemos conformarnos con eso. Por el buen nombre de los músicos incipientes de Italia y por el prestigio del *cerebro de Europa*, elevamos nuestra airada protesta contra las noticias del Sr. Adami y la versión de los Sres. Martínez Olmedilla y Tedeschi.

Esta misma protesta la elevó a su debido tiempo el público que tuvo el placer de asistir al estreno, y hay quien afirma que también — ¡vaya usted a saberlo! — la hubiese elevado el *signore* Adami al ver los cortes y arreglos que hicieron en la comedia los señores que la adaptaron.

Y ya que estamos con las protestas, no hemos de olvidar las del actor encargado del papel de músico y marido.

El Sr. Rossi, galán joven de la compañía B del Infanta Isabel, puso tales acentos de indignación, levantó el tono de voz de tal modo, estuvo tan bien en su trabajo, que logró dar la sensación exacta.

¿Ustedes han visto nada más ridículo que un marido ultrajado?... Pues así estuvo el Sr. Rossi: ridículo.

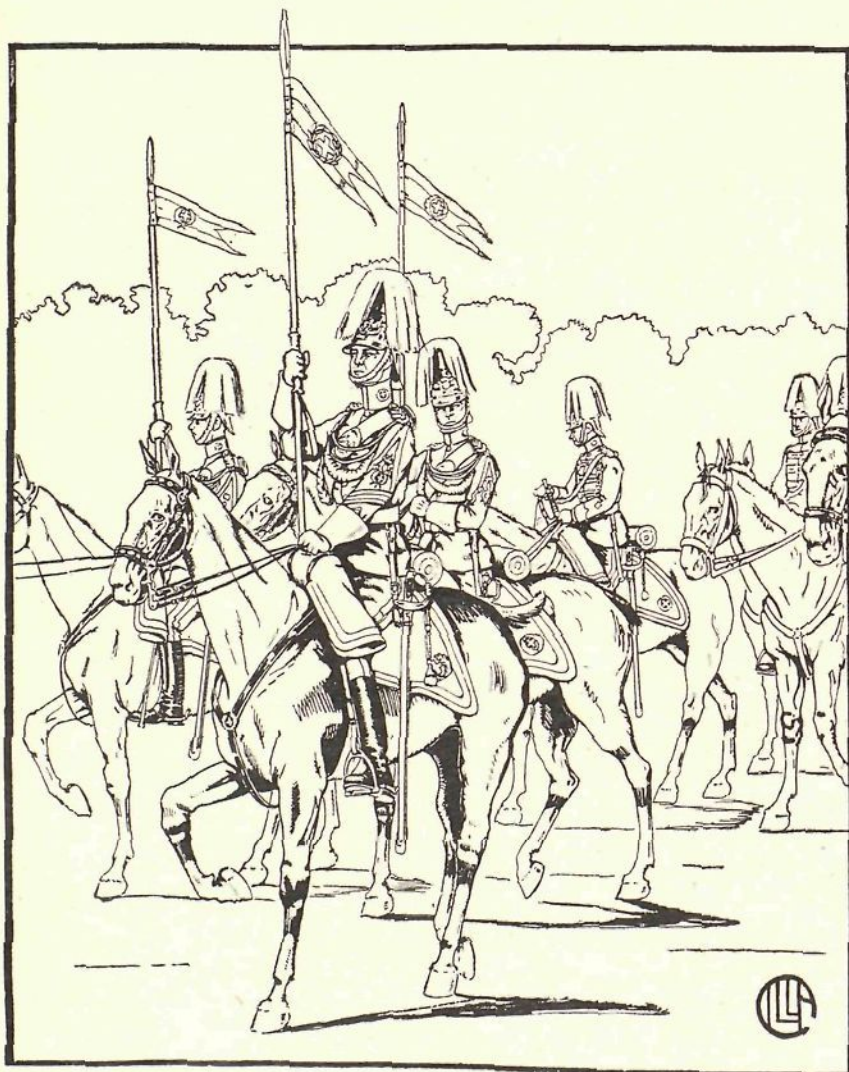
Con todo respeto sea dicho, y con el propósito de alabar el innegable acierto en la interpretación...

"MI MARIDO SE ABURRE"

Nosotros lo afirmamos. Estuvimos en el *début* de la compañía de Paco Alarcón, y, en efecto, aquel marido se aburría. Y no sólo se aburría aquel esposo, sino que nos aburrimos los espectadores, y el bombero de servicio, y las butacas del minúsculo coliseo. ¡Y si Alarcón quisiera decir la verdad, vendríamos a la conclusión de que el «aburrido primero» fué él!

Don José Alsina, que es uno de los críticos teatrales que más suaves palabras emplean al juzgar las comedias, tampoco disimuló su estado de ánimo al salir del estreno, y dijo que «esta velada inaugural del Rey Alfonso no quedará fijada seguramente en nuestros fastos escénicos».

Nosotros también creemos que no quedará fijada en ninguna par-



Dib. CILLA.—Madrid.

— ¡Y pensar que hace tres meses estaba arando!... ¡A cualquier hora sabe uno dónde va a llegar!...

París, la hace ta Isa- rizo que ni los osotros on eso. músicos presti- , eleva- contra la ver- lmedi- vó a su e tuvo o, y hay - ¡vaya se ele- ver los ron en a adap- protes- las del de mú- n de la el, puso i, levan- lo, estu- ie logro más ri- ajado?... ossi: ri- io, y con negable ...

RRE"

Estuvi- paña de o, aquel sólo se que nos es, y el butacas si Alar- ad, ven- e que el

uno de nán sua- zgar las ló su es- estreno, aigural rá fijada astos es-

nos que una par-

te; y esa creencia se convertirá para la Empresa en tristísima realidad cuando pasen los días y el público se siga aburriendo con la obra del Sr. Paso, y, naturalmente, deje de asistir al teatro.

Como que hay que desengañarse: aquí la obra que hay que escribir es una que se titule *El público se divierte*. Y si no se llama así, al menos, que sea ése el fondo de la comedia.

Todo lo demás es perder el tiempo... y el dinero.

INAUGURACIONES

Latina, Comedia, Reina Victoria, Maravillas. Cuando estas líneas aparezcan, habrán abierto el Español y otros varios teatros más.

Saludamos desde aquí a los distinguidos artistas, y nos reservamos gastarles unas ligeras bromas para cuando empiecen con las obras nuevas; si bien, por lo que hemos visto y por lo que nos anuncian, esto último va a ser un poco difícil.

¿Obras nuevas? En primer lugar, no las hay; y en segundo, que vamos a tener que agarrarnos, como a un clavo ardiendo, al refrán «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

Advertimos que al decir «lo malo conocido» no nos hemos referido a los cómicos. Hubiéramos escrito, en ese caso, «lo peor conocido». Como es de justicia, hacemos la aclaración.

JOSÉ L. MAYRAL.

TITIRIMUNDILLO

Según noticias de Moscou, los botones ganan de treinta a cuarenta millones de rublos al mes.

Suponemos que los botones se abrocharán al cobrar esa cantidad.

«La ciudad, para el viajero sentimental, no ofrece interés.»

¿Cómo que no? Diga usted que le presenten la cuenta del hotel, y ya verá lo que es sentimiento.

El día 9 se verificará en París el campeonato de pesos plumas.

Suponemos que a él concurrirán algunos de nuestros escritores.

Cuyas plumas parecen, efectivamente, pesos.

Los periódicos han publicado la fotografía de un torero tocando un cuerno.

Nosotros conocemos a uno que lo hace a menudo, y nadie se lo celebra. Es el guardavías de la calle de Carretas, que se pasa el día tocando el cuerno para avisar a los conductores de los tranvías.

— Sí, chico; me declaré la otra noche en la playa de Rosales, y me dió calabazas.

— Tú, ¿qué le dijiste?

— Nada.

— ¡Nada..., playa..., calabazas!... Pues hazte cuenta de que has veraneado en San Sebastián.

— La novedad coreográfica de moda es el ruint-shimmy.

— Y ¿cómo se baila?

— Pues, probablemente, agarrado a un diccionario de lengua inglesa, para ir traduciendo los pasos.

«Vivimos demasiado de prisa.»

Tiene usted razón. Y lo hemos comprobado con el recibo de la casa. Apenas se ha pagado uno, ya está en puertas el otro.

— El periódico Izvestia dice que los maestros rusos se mueren de hambre. ¿Qué le parece a usted?

— ¡Pues una iz-vestialidad!

«Terrenos para casas baratas.»

¿Casas baratas? Es como el combatiente que retrocede. ¡Terreno perdido!

«Se han inaugurado las cenas de gala.»

— ¿En qué consiste la gala?

— No sé. Quizás los langostinos vayan de frac, y las merluzas escotadas.



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— Ya ves, chico..., que mi mujer se ha hecho postal...

— Pues te ha dejado a ti hecho una fototipia...

EL TRASPALADARISMO

Yo, sí, señores, estuve en Indostán cuando fué la Comisión manchega para asistir a la Conferencia de países consumidores de quina, que se celebró en Delhi el año pasado. La Comisión me llevó como intérprete, y a esta circunstancia debo el haber conocido de cerca los faquires, las pagodas y el Ganges.

Ello fué, señores, que un día, deseoso de iniciarme en los secretos de la civilización hindú, me interné en la región central de la península sagrada; y crean ustedes que es sencillamente divina la contemplación de aquella naturaleza que la administración británica paternalmente conduce en su desarrollo.

Las selvas vírgenes, verdaderamente vírgenes, no como las brasileñas, selvas de cuya virginidad no se puede dudar, puesto que el conserje de cada una de ellas exhibe al turista el certificado notarial de que lo son; los trigres de Bengala, que, sin perder su fiereza, están tan exquisitamente educados que se van tras del viajero que les hace bis, bis; las pintadas cebras, utilizadas en las escuelas indígenas como falsillas; la serpiente de cascabel, los templos brahmanistas donde se rinde culto a Siva...

Fué en uno de éstos, bajo la mirada reluciente del Sol y frente al gesto risueño de los ídolos indostánicos, donde cruzamos las primeras palabras Leghi-Gum-Badara y yo.

Leghi-Gum-Badara era uno de los poseedores de la ciencia preoccidental, esa ciencia en que creen Gautier y Anatole France, y que es el manojo que contiene la fe, la sabiduría y la vida, el arte de leer el porvenir y la ciencia de encadenar los espíritus...

— Cristiano — me dijo cruzando sus piernas como el signo de multiplicar —, lo que quieres saber, sólo con mil quinientos años de estudio lo sabrás. El origen de tu materia, la estraña mansión de donde viene tu alma, el Dios que puso en tu cabeza la fe, en tu estómago el apetito, en tus músculos la fuerza; la llama que te quema en las pasiones, las lágrimas que te alivian la dolencia... Todo esto lo sabemos nosotros, nosotros solo; lo que saben Mac-River el australiano, Fu-Lan-She y Prado y Palacio sólo es la milésima parte de una centésima de mi ciencia...

— Compró dentaduras usadas — gritó un mercader desde la puerta.

El continuó indiferente:

— Nuestra ciencia es la que escribió en sus cinco libros Moisés; en el *Ramayana*, Valmiki; en el *Mahabarata*, Viasa; en sus ciento cincuenta libros el rey de Tartaria; en sus refranes chinos Lu-Xa-Kin... Quien ha leído todo eso ya no puede aspirar a saber más, porque toda la filosofía está contenida ahí; por eso nosotros, sin miedo a morir, porque Vichnú, el dios décuple, nos ha dado la fórmula para tener una vida eterna, me-

ditamos de sol a sol, y de estas meditaciones salen nuestros experimentos y nuestras invenciones.

«Realmente, queda muy poco por inventar, pues, aunque estés orgulloso de los modernos adelantos, que te conste que los faros eléctricos se usaban hace cuarenta y ocho siglos, la magnesia calcinada hace cuarenta y dos, y la encarnación en rustica setenta y tres antes de Luis Tapia.

«Pero yo, sí. Yo he logrado hacer algo nuevo: he logrado el traspaladarismo de los manjares, es decir, el transferir el sabor de unos a la materia de otros, el poder lograr que la mortadela sepa a *marron glacé*, y el plátano de Borneo a jarabe de tolú...»

— Pero — le atajé yo, asombrado — eso es la revolución. Eso puede traer una transformación en la marcha de las naciones superior a la que trajo Copérnico a la astronomía, Le Routhillier Rancé a la religión y don Tancredo al arte taurino...

— Evidentemente, así es. Porque lo mismo que vuestro señor de Astarac os prometió alimentaros con rayos de luz, yo puedo alimentaros con corrientes ideales de esencias alimenticias; yo puedo llenaros la boca con la tierna carne de un faisán, y daros un festín vegetariano sin necesidad de matar la pintada ave ni de arrancar las frutas de la rama. Tú puedes abrir la boca, y yo, pronunciando las palabras sibilíticas y trazando sobre un jabalí vivo ciertos signos, arrancarle las substancias de su cuerpo para que tú sientas en el paladar el sabor del animal tal como es.

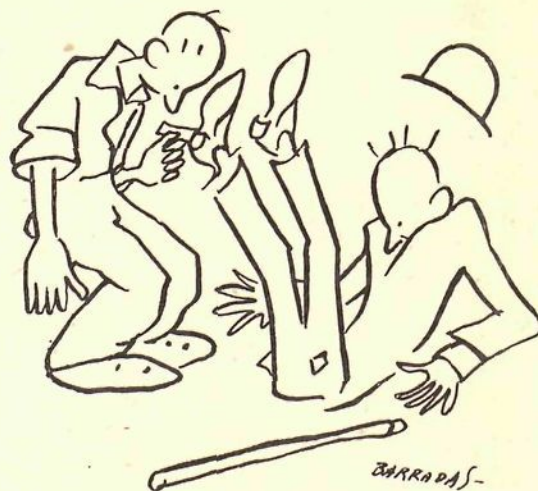
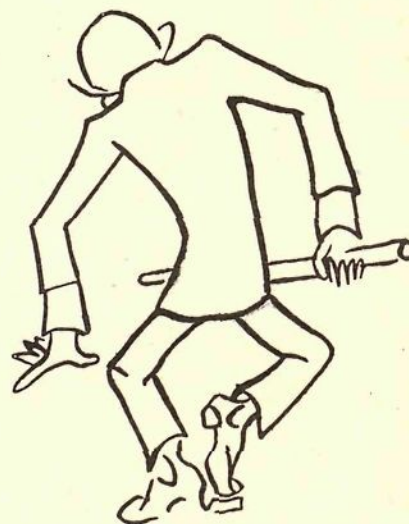
«Y tan perfectamente se realiza la transubstanciación, que el rajá de Kapurtala, con quien hice el experimento hace dos lunas, después de recibir dos raciones de efluvios de bonito en escabeche, no tuvo más remedio que pedir bicarbonato...»

Esta conversación me llenó de curiosidad y me empecé en hacer de sujeto en una experiencia de banquete ideal, lo que Leghi-Gum-Badara aceptó; y, en efecto, en la estancia de Rama, tapizada de negro, frente al fuego sagrado que arde con llama azul, trazó los círculos cabalísticos, pronunció las palabras que dictó la fe, y...

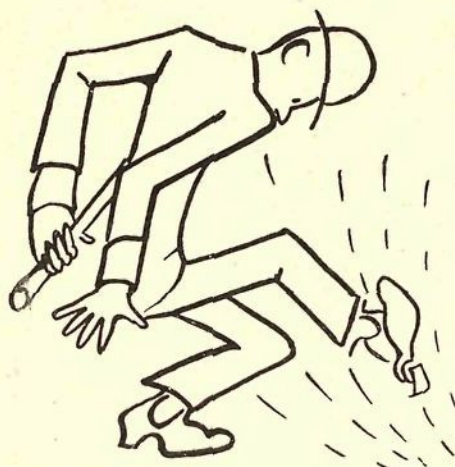
Bueno, la misma grandiosidad del experimento me llenó de miedo para seguirle: no pude pasar de la sopa. Pero fíjense ustedes si sería grande aquello, que al mismo tiempo que sentía en mi boca el sabor tibio de los fideos, notaba una molestia especial, una trabazón entre la lengua y el paladar, algo sutil que me daba la sensación de ahogo. Miramos en la sopera, situada a diez metros de nosotros, y claro...

Lo que yo me temía: había un pelo en el caldo.

J. RODRÍGUEZ ORTIZ



BARRADA-



EL PEGOTE

Indudablemente, esos papelitos que se pegan a los tacones son la mar de antipáticos.

Por lo regular, cuando nos damos cuenta del caso, hace lo menos dos horas que el dichoso pegotito está poniéndonos en ridículo.

Un papel cualquiera pegado al tacón nos da en el acto el aspecto de un hombre venido a menos.

La terquedad de estos parches es tal, que a veces nos hace poner en juego un curso de zapateado; y menos mal si luego resulta un billete del tranvía y un socio cualquiera nos dice:

— ¡Señorito, un capicúa!...

Dib. BARRADAS. — Madrid.

MACABRO DESQUITE

I

Pepe, su antiguo condiscípulo Pepe, no le había saludado. Y Pepe le había visto. A seguir con la velocidad de la luz el mismo camino que la mirada de Pepe, ¡qué terrible golpe habríamos dado contra las narices de Manuel!... Había sido, pues, de este modo: Pepe no había respondido al saludo de Manuel. Ahora bien, yo pregunto: ¿A qué se debe que en la vida social y cortés haya siempre un Pepe que no salude a un Manuel conocido de antiguo?... Tal vez sea a consecuencia de la guerra. Analicemos. La negación del saludo a Manuel, por parte de Pepe, era de una injusticia notoria. Pepe había comido el pan con Manuel, y con Manuel había bebido vino.

Manuel y Pepe habían vivido juntos, durante seis años de colegio, una vida cotidianamente igual y comunicante. ¿Por qué, pues, ahora Pepe no había saludado a Manuel? ¿Quizás por lo que la vida en la ciudad aparta y desconoce a unos hombres de otros, hasta el punto de concederles esa seguridad con que en Carnaval se dice: «¡Que no me conoces, que no me conoces!»?... Aunque algo influyese esto, no podía ser tanto que distancias de tal manera dos vidas harto unidas en el antaño infantil. ¿Tal vez había sucedido que, la discreta tardanza de Manuel en la salutación, mal interpretada de Pepe, había creado ese pugilato por no ser el primero en pasar que se entabla entre dos hombres, o bien educados, o bien tercos, cuando de trasponer el umbral de una misma puerta se trata?

Tampoco pudo ser esto, porque bien sabemos que, al fin y a la postre, en este caso, Pepe y Manuel se hubieran estrujado y comprimido al pasar a la vez por la angosta puerta del saludo.

Pero permítasenos una pregunta: ¿Le interesaba a Manuel el saludo de Pepe?

No por cierto. Prueba de ello es que, cuando antes le saludara Pepe, Manuel no se curaba de ello. Pero ahora le dolía la soberbia de Pepe, y como le quería bien y era un buen amigo, propuso en su corazón de hacerle arrancarse a su paso el sombrero de la cabeza, con ese gesto diletante que parece hacernos exclamar: «Verdad que estoy bien peinado.»

II

Desde este instante, nuestras palabras, si han de ser sinceras, tendrán que sonar como clarines en batalla. En este punto surge la epopeya heroica del saludo.

Parecía haber comprendido Pepe el propósito decidido de Manuel. Y una enconada lucha se movió entre ellos: por parte de Pepe, para no saludar a Manuel, y por la de éste, para hacer que aquél le rindiese la transeúnte prueba

de conocimiento. Se dice que Manuel compró toda la producción sombrerera y gorrera del mundo. (A la larga, el sombrero que Pepe gastaba se aniquilaría.) Pero se olvidó de la socorrida boina y, gracias a esto, Pepe pudo estar siempre cubierto ante el burlado Manuel.

Se cuenta que Manuel fiaba mucho en los días de viento, y que en ellos procuraba encontrarse a toda costa con Pepe. Pero en los días de viento, Pepe se encerraba en su casa, o, si salía a la calle, se agarraba tan furiosamente el sombrero, que yo le he visto, en un día de los últimos de primavera, sostenerse con una mano el casco de su sombrero de paja, mientras que con la otra se sacaba el ala por los pies, desgajada por los esfuerzos sujetadores. Se narra que Manuel se trajo de la pampa americana dos hábiles laceros, que habían, con sus cuerdas, de arrebatarse a Pepe su sombrero. Pero Pepe esquivó siempre ágilmente los diestros intentos de los gauchos. Pepe durmió varias veces en la Comisaría por no sé qué causas irrespetuosas. Estos sucesos, cada uno de por sí y todos juntos, contribuyeron a enfermar al derrotado Manuel, el que suspiraba melancólico pasando ante Pepe: — ¡Si le picase la cabeza!...

¶ Pero Pepe fué tan dichoso, que nunca le picó la cabeza, lo cual apenó tanto a Manuel, que se creyó en el deber de morir de tristeza. Y de tristeza se murió.

III

¶ El triunfo de la descortesía era cierto. Pepe podía estar tranquilo. Ya no le importaban los vientos ni los hombres, por laceros que fuesen. Ya podía pasearse, seguro y satisfecho, entre el tráfago resonante de la ciudad moderna. El énfasis que le dió la victoria, engendró en él un optimismo que le hacía dichoso en todo trato. Sin embargo, a él le sucedió el más espantoso caso que se oyó en el mundo.

Paseando un día orgullosamente por la calle de Alcalá, se le espantaron los dilatados ojos, se le erizó el cabello, y todo un temblor de remordimiento le sacudió los miembros.

De una caja de muerto que en una fúnebre carroza venía, la tapa se había levantado, y al tiempo que Pepe se quitaba el sombrero, como se acostumbra ante los muertos, el que en la susodicha caja pasaba se incorporó en ella, y de su rostro bilioso y descompuesto, una voz enconada salió gritando: «¡Al fin me saludaste.» El cadáver era Manuel, que, una vez desquitado, volvió a tumbarse en su caja, perfectamente muerto.

Sólo la idea fija que le llevó al sepulcro pudo darle las energías necesarias para hablar en la muerte.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ SUÑOL.

MUESTRARIO DE «FIRMAS»

EMILIO CARRERE

Ya sabemos con cuánta convicción descubre un padre a su hijo un halagüeño porvenir.

— Ahora, después de comer, te pones a estudiar. Así te harás un hombre... ¡Tiempo tendrás de divertirtelo!

El aconsejado tiene veinte años, y un criterio muy cerrado: que está en la mejor edad de *correrla*...

Sin embargo, como jamás tuvo un gesto de reparo a los consejos de su padre, se encierra en su cuarto, dispuesto a la tarea de hacerse un hombre, para lo que es preciso aprenderse como un papagayo de qué forma legislaba Justiniano.

— Verdaderamente, ¿para qué necesito yo saber esto? — piensa el estudiante, a la media hora de iniciada la tarea de hacerse un hombre, pintando una mueca de fastidio, brindando el texto a Justiniano, que se diría espera en un rincón del despacho.

Se instala cómodamente en el sillón, enciende un cigarrillo y se entrega a su placer favorito...

Admira, sobre todo, a Emilio Carrere. No puede con la prosa adsurda del famoso emperador; pero, en cambio, sabe de memoria páginas enteras de *Elvira la espiritual*.

Llora cuando las recita. Es un exquisito sentimental, que se deja impresionar por el gran poeta, el gran sacerdote del adjetivo; un adjetivo siempre definidor, concreto, definitivo, pronto y fácil, que hubiese sido la envidia de Flaubert, el autor de *La educación sentimental*.

Como la prosa de Carrere invita al ensueño — ¡mucho cuidado con no mutilar la frase! —, el condenado a trabajos forzados sobre los textos, aunque levemente, influenciado morbosamente, se deja llevar de su fantasía.

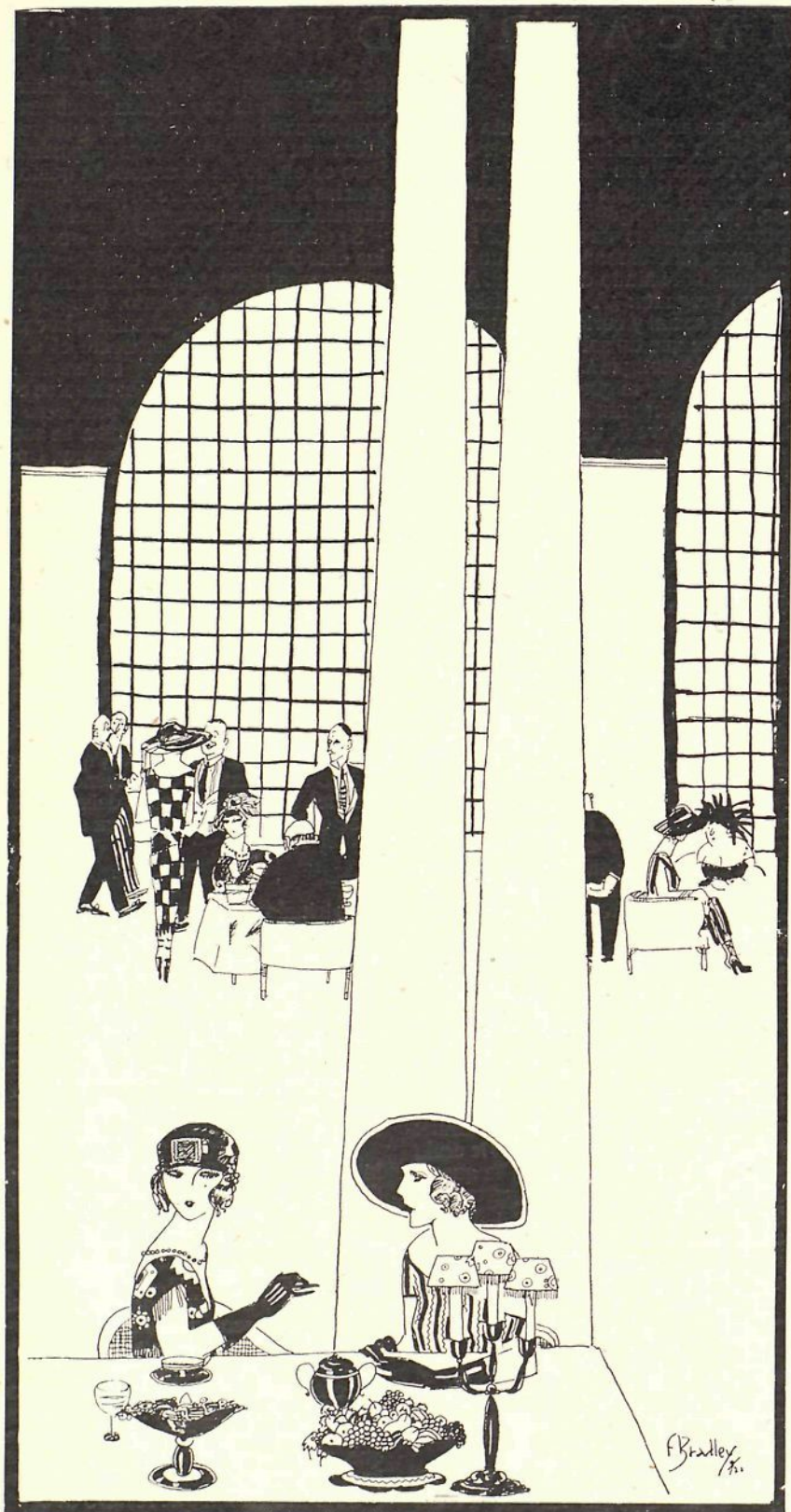
¡Cómo le gustaría verse en otra capa encendida por millares de lámparas, tocado con otro chambergo mugriento; tener otra cara redonda, de pan familiar, sin descañonar; llevar unas botas teñidas de un pardo muy distinguido!...

Porque eso sería la libertad, la buena bohemia: el no comer hoy... ni mañana; pero pasado..., tampoco; y de pronto, el festín épico, reparador, acumulador, previsor, hasta con su postre de almendras frescas: los sesos de niño del atormentado Baudelaire.

Y ahora, joven estudiante, te voy a hacer una revelación brutal: ¡Carrere es un farsante! Es un burgués metódico, reflexivo, que te engaña con mucho cinismo. Tú sabes que es uno de los más fecundos literatos, que su firma es cotizable.

Ven conmigo, ahora que acaba de cobrar una novela.

No le mires con mucho descaro, para que no huya de su popularidad. Ahora quiere pasar inadvertido. Es un buen



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¿Una prueba de su infidelidad? Ahora le ha dado por obsequiar a mi doncella con bocadillos...

burgués, que se entretiene en la ruleta con su dinero.

Fíjate:

Juega con calma. Se ayuda de siete lapiceros que indistintamente lleva repartidos por los bolsillos, de otros tantos cartones llenos de números, del gran reloj de la sala, que marcará unos minutos blancos... ¡Las veinte boladas sin cerol!...

Tú ves cómo se va desprendiendo de su dinero; pero científicamente, metódicamente, paso a paso, como tú estás haciendo la carrera de abogado...

Cierra tu fantasía, y sigue los consejos de tu padre.

Estudia mucho. Tiempo tendrás de divertirti..., que será entregando tu dinero a la ruleta científicamente, metódicamente, cautelosamente, como un buen burgués, como ese poeta a quien tanto admiras.

LORENZO RODERO.

La psicología femenina... y el vestido. =====

La Casualidad nos llevó de la mano el pasado enero a la cueva en que mora la mora Azucena. Azucena, hija de un beniurriaguel y de una beniurriagalera, nació a las puertas de Málaga, en Fuen-girola. Sus padres se dedicaban a contrabandear, y es por esto por lo que Azucena se crió en un chozo, cerca del Palo, al amparo y cuido de unos nobles jabegotes.

La mora que estamos retratando a pluma pasó su niñez y su juventud esperando todas las noches que un falucho trajera a sus padres. ¡Cuánto habló con las estrellas! Tanto, que, por arte de *birlibirloque*, aprendió a saber el porvenir leyendo las rayas de la mano, interpretando lo que dicen las hojas del libro de Bolay. Con la *falla* (1) en la mano, lee mejor que Serafín Alvarez Quintero.

Azucena, la gitana Azucena que lo adivina todo, adivinó que no éramos de Málaga en cuanto nos oyó hablar.

— Queremos — le dijimos — que usted, que todo lo sabe, nos diga el por qué siendo moda llevar las faldas dos cuartas más arriba de la rodilla, hay muchachas que las llevan a ras de los tacones...

Azucena se sonrió, abrió mucho los ojos, y mirando al límpido azul del cielo de Málaga, dijo con ronca voz, velada por la emoción y el cazalla:

— Yo poseo la difísil siensia de conoser a las mujeres por er vestío. Y como soy mu generosa, lo vais a deprender vosotros ahora mismo, pa que sepáis que yo sé una pila de cosas. Ascuchá:

»Las mujeres que llevan er vestío estrecho son avaras, tacañas, roñosas, lamiosas y padesen de lombrises.

(1) *Falla*: baraja.

»Las que lo llevan mu ancho, a más de tener menos carne que una ensalá, son fanfarronas.

»Las que lo llevan mu corto tienen las piernas bonitas, y las ponen en venta por medio de la exhibición.

»Las que llevan las fardas mu largas, esas tien unas pantorras amorcillás y llevan medias de goma, y a más de ser patizambas, las sale en lo arto de la pantorrilla un burto como una sandía.

»Las que siempre lo llevan a la última, y mu nuevo, son temibles. Sus maríos o sus... prototores acaban presos, o se suirsidan.

»Las que lo llevan de colores claros son muy alegres.

»Las que de obscuro se visten son timoratas y juiciosas.

»Las que se lo abrochan hasta la garganta, modestas.

»Las que se lo alzan cuando llueve, y cuando no llueve, tienen los pies bonitos, de seguro.

»Las que no se lo alzan nunca los tienen plagaos de juanetes como mandarinas.

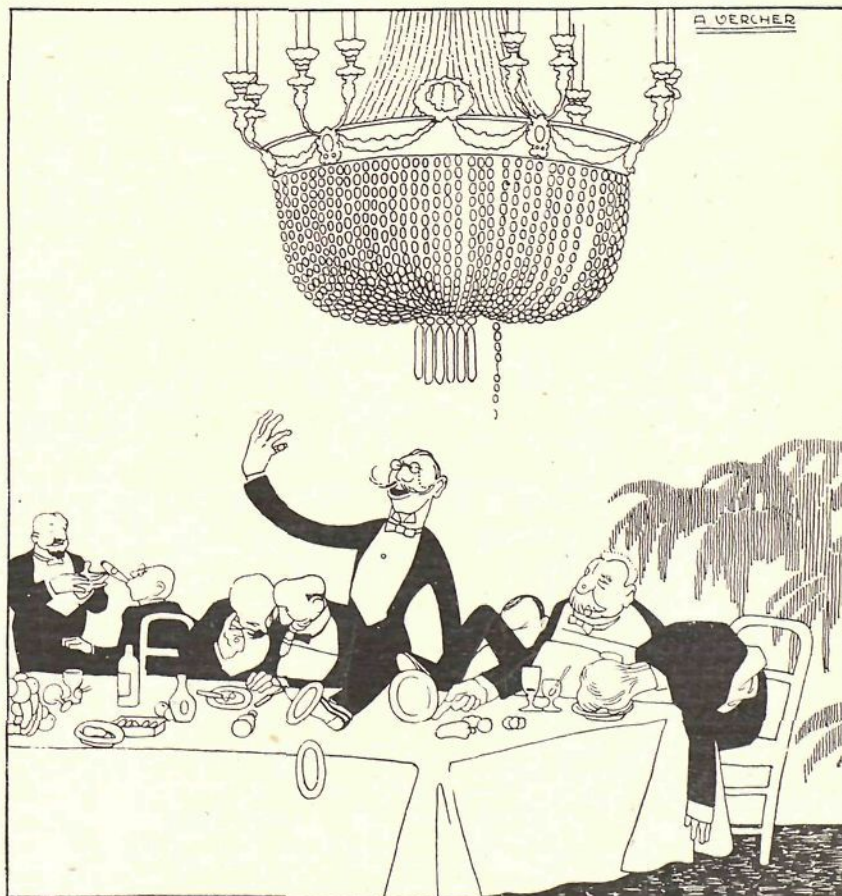
»Y, como finá, les diré a ostés, que todas las mujeres, en complisidá con er

modisto y con er maestro revocadó y con los tíos de los tintes, ercetera, ercetera, se ponen argo mu llamativo en er sitio que tien más bonito en too su cuerpo, pa que los lilas de los hombres claven allí los *sacáis*. Y como demostración, un solo detalle:

»En cuanto que una mosita tie la es-petera o er traspuntín desarrollao, se pone un lazo grana, pa que se arranquen hasta los mansos. Creerme a mí. Y hasta mañana, que quiero que vengáis pa explicaros er caráter y los gustos de los *gachorrés*, según vayan de *jateaos*.»

Saludamos a Azucena, le dimos unas monedas, y encaminamos nuestros pasos hacia el palacio de la Tinta. Al llegar a la Cortina del muelle, echamos de menos la cartera y el reloj. La falta no nos preocupó, porque confiamos en que Azucena, que lo sabe todo, sabrá quién nos ha substraído reloj y cartera. Ya verán ustedes como lo sabe, porque, aquí entre nosotros, les confiaremos un secreto. Lo que sabe Millán de Priego se lo debe a la gitana Azucena.

ISIDRO DE MADRID.



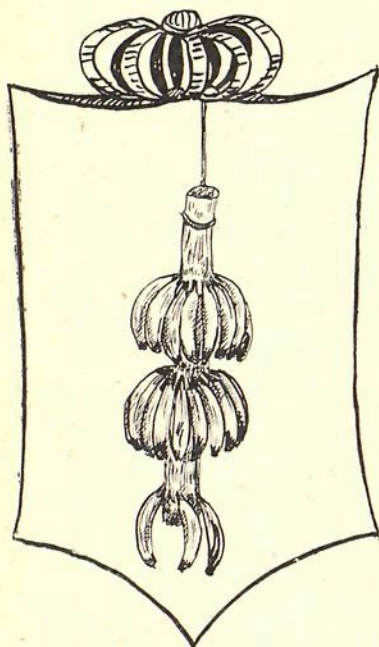
Dib. VERCHER. — Valencia.

— ... Y como en estos momentos no debemos abandonarnos al pesimismo, unámonos en una masa compacta, sacrifiquémonos una vez más por la patria, y salvémosla.

NUEVOS BLASONES

Los antiguos blasones cada vez son menos de nadie. Cuelgan de las paredes sin sentido ya, sin que nadie sepa por qué esos diablillos danzan en el fuego o por qué hay cuatro pares de espuelas en el cuartel. (Nadie debe rezongar el chiste de que quizás es que se trata de un cuartel de Caballería.)

Algunos de esos escudos están tan



empotrados en las fachadas de piedra, con raigones tan formidables, que nadie los podrá arrancar, y en todo revoco o reforma de la casa tendrá que reaparecer el escudo.

La síntesis de aquellas vidas, que es el escudo, es envaguecida por el agua, que apaga los relieves blasónicos.

Cuando alguno de esos escudos se cae, no hay quién lo meta el diente, y es llevado de rincón en rincón como piedra de molino cuando en el molino ya se hace la molienda con máquinas modernas. Sólo servirán esos escudos, desprendidos definitivamente de su portada, para atarlos al cuello de los nobles cuando los echen al río los futuros bolcheviques.

Los escudos permanentes son sello que sella los días en seco, y habrá aristocracia en los días mientras uno de esos escudos estampe su relieve en el gran papel de barba de cada folio de la Historia.

Alguna vez ha sucedido que, para justificar el escudo que había en la portada del palacio que el banquero ha comprado para regalárselo a la suave belleza

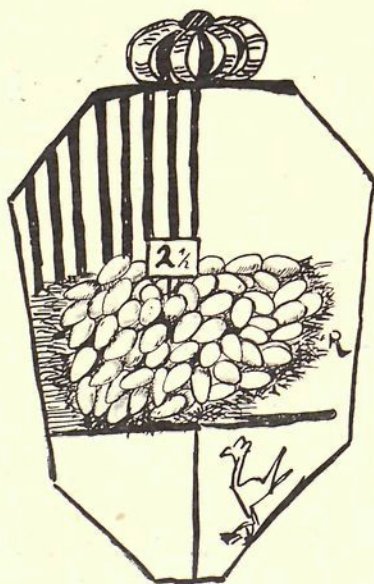
caprichosa, ha habido necesidad de inventar unas pragmáticas, y todos han preparado la falsedad que ha adjudicado aquellas armas a los antepasados desconocidos de la apuesta dama. Pero el escudo quedó amartillado en el frontis del suntuoso hotel, con sus iniciales grabadas en la piedra con orgulloso ahinco.

La misma dama fué la que pidió al jardinero un bosque centenario para su jardín mustio y pelado, obteniéndolo en toda regla, con sus altas araucarias centenarias y sus robles magníficos, todo trasplantado gracias al estipendio de un millón de pesetas.

Escudados en un escudo que no era suyo, ha habido mucha gente que ha creído engañar hasta a la muerte, bajando al panteón de sus falsos parientes los condes, que le recriminaron con crueldad, reuniéndose todos en consejo de familia alrededor del intruso, al que suelen castigar a que sea su criado durante la eternidad.

Hoy se recurre a unos nuevos escudos, que son más frágiles que los antiguos, pues muchas veces son de escayola patinada, es decir, de lo más repugnante de la creación.

Se adquieren con un farolito de hierro, dos tanagras, un cofre falso y un marco de yeso imitando madera.



Los nuevos ricos ansían tener escudo y título, y no saben cómo sobornar a los que saben heráldica.

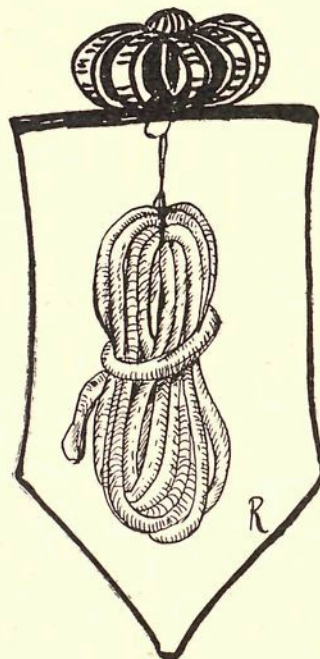
— Dibújenos usted nuestros blasones y le daremos lo que pida.

Y el hombre de los manguitos pasas las de Caín para encontrar algún sim-

bolo que no desdiga, y moja el pincel en las almejas con oro en vez de gajo, empurpurando los fondos.

Los nuevos escudos debían ser sinceros y estudiar en qué y de qué manera se enriqueció el que desea ser blasonado.

Así, el que hizo su dinero comerciando con una frutería, debía merecer que en su escudo figurase ese atributo que



se destaca tanto en las fruterías, colgante, con sus vástagos de punta negra, que hay que procurar vender en seguida, porque si no se los comerá la grangrena.

Así, el que hizo su fortuna vendiendo plumeros, cepillos, escobas y burletes, debe ser caracterizado por los pintorescos burletes colgados en primer término a la puerta de su tienda.

Y así también debe figurar un nidal de huevos en el escudo del que ganó su gran fortuna vendiendo huevos a precios crecientes, como si obedeciesen a la cotización que les asignan las Bolsas europeas de los huevos, sufriendo una fluctuación constante, debida, sin duda, a esa complicación internacional de las jugadas de Bolsa, pues parece que los huevos son los únicos comestibles que pueden ser cotizados en Bolsa.

¡Cuántos escudos más podría dibujar, y cómo se destacaría en ellos, igual que en éstos, esa hilaridad que brota de que sea evidenciada la verdad de la nueva aristocracia!

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustraciones del escritor.



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¡Muy chic este traje de baño!...
 — ¿Qué traje de baño?... ¡Si es el que pienso estrenar esta noche en el baile del Casino!... ¿Cómo iba yo a atreverme a presentarme así en la playa?...

CAÑO LIBRE



Los hombres eminentes, políticos, científicos o artistas, que hacen declaraciones a los periodistas extranjeros, se deshacen, por lo general, en elogios del país a que pertenece el periodista. Es un cambio de bombos que nunca está de más y que no perjudica a nadie. «Tú me llamas sabio, o ilustre, o genial, y yo confieso que tu tierra es admirable y que siento no haber nacido en ella. Y en paz y jugando.»

Suele haber alguna excepción cuando se trata de España, porque por ahí fuera se sabe que a los españoles nos gusta que nos llamen bárbaros e incultos, no por culpa nuestra, sino de los Gobiernos; y la eminencia inglesa, francesa, alemana o rusa requerida para declarar, lo hace para decir que es una lástima que estemos tan arrimados a la cola, porque nuestro cielo es azul, nuestro suelo es un venero de riquezas que no sabemos explotar, y la raza tiene unas magníficas condiciones, etc., etc.

Pero cuando el cronista o reportero es de fuera y el entrevistado es de por acá, la regla no falla... ¡Oh, el espíritu colonizador inglés!... ¡Oh, la fortaleza yanqui!... ¡Oh, el ingenio y el patriotismo de los franceses, siempre victoriosos!... ¡Cuánto los admira y envidia el declarante, y cuánto debiera agradecer España que se dignaran repartirla el papel de los pieles rojas, los indios o los senegaleses!...



Todo lo dicho viene a cuento de que el Sr. Sánchez de Toca ha tenido una amena conversación con el enviado especial del *Petit Parisien* en Madrid, y el ilustre presidente del Senado se ha excedido a sí mismo.

Sabido es que los políticos españoles, altos y bajos, tuerfos y derechos, han establecido un pugilato de adulación a Francia, sobre todo después del acogotamiento definitivo de los alemanes; pero el señor Sánchez de Toca, en sus últimas declaraciones, ha dejado a todos sus compañeros en mantillas.

No puedo resistir a la tentación de copiar unos cuantos párrafos, para que vean ustedes que no se puede llegar a más, y ustedes perdonen la molestia.

Dice D. Joaquín que nuestro malestar económico depende de la equivocación de los ne-

gociantes que se empeñaron en adquirir marcos al 50 por 100 «por valor de muchos miles de millones de pesetas, a pesar de los consejos de los espíritus clarividentes, que más de una vez pronosticaron la victoria final de los aliados».

Esos espíritus clarividentes, entre los cuales se cuenta el preopinante, aunque no lo dice, hubieran predicho igualmente el triunfo de Alemania si la hubieran ayudado contra Francia las naciones más poderosas del mundo, porque para adivinar el triunfo de veinte contra cuatro no se necesita mucha clarividencia; pero D. Joaquín le da esa dedadita de miel al corresponsal del *Petit*, porque sabe que ha de agradecerla.

Los franceses, en cuanto les dicen que ellos han vencido y se atribuyen a los alemanes todas las calamidades de la tierra, ¡se ponen tan contentos!...



Porque sabe esto de sobra, es por lo que el Sr. Sánchez de Toca se duerme en la suerte, y, después de atribuir la descomposición de las clases sociales a las intrigas alemanas, añade lo siguiente, y se queda tan tranquilo:



EL VERANEO DE PACHÍN

LA COMADRE. — ¿Conque en Madrid, de echador en un café?... ¡Estás hecho un señorito!...

PACHÍN (reventando de vanidad). — ¡Pues en Madrid trabajo con esta misma ropa!...

Dib. DEMETRIO. — Madrid.

«El agente del Gobierno alemán Bravo Portillo, ¿no había logrado hacer que se afiliaran al movimiento sindicalista más de 60.000 obreros en Barcelona?»

Pero, señor, ¡si aquello del espionaje se demostró que era un cuento! ¡Si a Bravo Portillo le asesinaron los sindicalistas, no por organizarles, sino por perseguirles! ¡Si el desorden de Barcelona no ha importado nunca un rábano a los alemanes, y a quienes puede importar algo es a los franceses!

Eso de que le maten a uno por cumplir con su deber, y encima le llamen agente alemán y le atribuyan el malestar económico de España, es un poco fuerte.

Por supuesto, que si el espíritu de Bravo Portillo, clarividente o no, se decide a mover algún velador de los aficionados a esas cosas, puede contestar al Sr. Sánchez de Toca que una parte de ese malestar habrá que poner en la cuenta de los que encarecieron escandalosamente el azúcar y la luz eléctrica..., mientras predecían el triunfo de Francia y aconsejaban a sus compatriotas que no compraran marcos.



El Sr. Sánchez de Toca habla también de Marruecos, y opina — ¡y cómo no! — que aquella empresa absorbe todas las energías de España, y que lo mejor sería dar a las cabillas la administración que quieren y renunciar a los procedimientos de violencia.

¡Justamente, lo que los colonistas franceses nos están predicando a todas horas!... Que nos dejemos de aventuras, y que el Sultán haga lo que se le antoje en sus dominios. Y como el residente francés es el verdadero sultán, que apela cuando le conviene a esa violencia que no sabemos usar nosotros, ¡mire usted por dónde se ha simplificado la cuestión, en cuanto el protectorado de todo Marruecos corresponda exclusivamente a Francia!

Con esta feliz coincidencia de opiniones, y con añadir que Tánger debe estar sometido a un régimen internacional, cuando estamos cansados de oír que mientras no sea español no habrá paz con los moros, D. Joaquín demuestra que él es francófilo de pura cepa, y el corresponsal del *Petit Parisien* puede llamarle insignie cuantas veces quiera.

Pero para adular a Francia, ¿qué necesidad hay de dar a entender que los españoles son tontos?

SINESIO DELGADO.

DON DÁMASO, INVENTOR Y FARMACÉUTICO

«Según noticias, en las cercanías de Madrid sigue la policía la pista de una verdadera fábrica de leche natural, con toda clase de adelantos.

«En la fabricación parece que se emplea leche condensada, almidón, bicarbonato y agua, y después se vende esta leche como recién ordeñada.»

(De un diario madrileño.)



don Dámaso, inventor, le perseguía la injusticia desde a cuna. Y si sólo le persiguiera la injusticia, menos mal; pero le perseguía también la justicia, y no sabemos qué es peor, si lo uno o lo otro.

Don Dámaso había dedicado su energía a la defensa del líquido lácteo. Cuando nosotros publicamos, no hace mucho, un artículo en alabanza del café, recibimos una carta de don Dámaso haciéndonos notar que, en España, todo el que habla con entusiasmo del café, toma el café con leche; y no hay motivo, por tanto, para la postergación de este último producto, que comparte con el café, «mitad, mitad», el triunfo cafetero.

Tiene razón don Dámaso: lo que recibe — impropriadamente — el nombre de café, no es tal café, sino producto mágico de una colaboración como otra cualquiera.

Si al café no le echáramos leche, quedaría impudicamente al descubierto la naturaleza deleznable del tal líquido; pero se le añade la leche, y de dos porquerías, separadamente inadmisibles, se forma una mezcla que nos tragamos sin rechistar y, por añadidura, pagando. Es un caso, como otro cualquiera, de colaboración; y los colaboradores se reparten por igual fama y dinero. ¿Por qué no ha de pasar lo mismo entonces con la leche?

Llevado por este afán reivindicador en favor de la leche, concibió don Dámaso un proyecto innovador y benéfico: la invención de la leche artificial. Eso de que la leche se pudiera echar a perder tan fácilmente, le sabía muy mal a don Dámaso. El era un hombre científico de suyo, y no podía ver con calma al hombre — al Hombre —, rey de la razón — de la Razón —, supeditado a que la Naturaleza, por mero capricho, le agriara, así porque sí y a las primeras de cambio — de cambio atmosférico —, la ya citada secreción vacuna. El hombre debe someter a su mandato las leyes de la Naturaleza. Don Dámaso «se exprimió las ubres del talento» — como él mismo decía —, y puso una fábrica de leche inalterable.

Al primer pronto quiso, por un arran-

que de amor propio, hacer público el gran descubrimiento; pero luego — sin duda para más cerciorarse de su acierto — lo disimuló, a fin de probar y requeteprobar que nadie sería capaz de notar el substitutivo, como no estuviera en el secreto.

Y, efectivamente, nadie lo notaba. Pero un día ocurrió que doña Gertrudis, vecina y cliente de don Dámaso, se fué de veraneo, dejándose olvidadas en su casa — y sin cocer — dos botellas con cerca de dos litros de leche.

Volvió doña Gertrudis al mes y se encontró la leche... tan fresca, tan fresca como si la hubiese cocido (pues sabrán ustedes que a la leche, para que se conserve fresca, hay — por una de esas rarezas de la vida — que ponerla a la lumbre).

Al ver doña Gertrudis aquello — ¡otra rareza! —, en vez de congratularse, se indignó contra don Dámaso: «¡Ah, granuja, bribón!... ¿Qué me vende este trapisondista en vez de leche?...» Y dió el soplo, bajo cuerda, a las autoridades.

Cuando don Dámaso se enteró, por los periódicos, de que la Policía iba siguiendo la pista de su fábrica, lanzó una interjección láctea, como suya, y estrujó el diario, furibundo.

— ¿Por qué se me persigue a mí, vamos a ver? — decía el hombre.

Y, en realidad, no era fácil saber por qué le perseguían. ¿Que era artificial la leche de su fábrica? ¿Es, por ventura, delictivo lo artificial? La luz artificial, pongo por caso, nos cuesta buen dinero, y la natural, en cambio, se da gratis. ¿Por qué no ha de ocurrir lo mismo con



Dib. MEL — Cuatro Vientos.

— ¡Ya ve usted: dejarme después de dos años de relaciones!... ¡Con lo que yo le quería!...

— ¡Ya, ya!... ¡Parece mentira que te haya hecho una cosa tan fea!...

la leche? ¡Peliagudo problema ése de lo natural y lo artificial!...

¡Pues ahí es nada!... ¿Son naturales, por ventura, las patatas fritas? ¿No supondrá la Policía que dan *soufflés* los árboles?... ¿Por qué no prohíben entonces las freidurías de tubérculos?...

— Pruébenme a mí — decía el buen don Dámaso —, pruébenme a mí que la leche que sale de mi fábrica no puede competir con cualquier otra; pruébenmelo, y entonces hablaremos.

Don Dámaso tenía razón que le sobraba: ¿Qué habían encontrado, en fin de cuentas, al analizar la leche delincente? Fuera del agua, único ingrediente impuro y realmente nocivo, ¿qué habían encontrado? Leche condensada, bicarbonato, calcio, plomo..., cuerpos industriales o químicos de corriente circulación en el comercio. Don Dámaso no podía concebir que, circulando por todas partes anuncios que proclamaban

«Producto Tal», «Producto Cual», *químicamente puros*, no pudiera él acreditar la leche de su fábrica, no menos pura desde el punto de vista químico. Don Dámaso no podía concebir por qué le perseguían.

Pero su señora, que concebía — y se comprende — todo lo que no podía concebir su marido, fué y le dijo:

— Mira, Dámaso: tú acabarás preso por tonto. Si tienes que comprar en la botica todos esos polvos que te sirven para hacer la leche, métete a boticario, y los venderás sin tener que tomarte el trabajo de mezclarlos.

Don Dámaso hizo caso a su mujer, y puso una botica.

¡Espléndido negocio en los comienzos!... Por fin, parecía encontrar el premio a sus afanes.

Pero hete que, de pronto, se tuerce la prosperidad, cambia la racha, se retira la clientela, y llega la desventura

hasta el extremo de que un amigo juez, muy metido en cosas policiacas, le insinuó la conveniencia de que cerrase la farmacia, si no se quería ver envuelto en un proceso, por perjuicios a la salud.

Don Dámaso estuvo a punto de morir. A la injusticia aquella no se resignaba, y convocó una reunión nada menos que en el ilustre Colegio de Farmacia, para exponer el caso a sus colegas: que examinara el claustro los medicamentos de su casa; que analizaran las autoridades el más ínfimo producto de su laboratorio, y que le cortasen la cabeza si no se ajustaban a la más escrupulosa pureza farmacéutica.

Entonces fué lo grave: todos los congregados, al oírle, se pusieron en pie, llenos de inquietud, de alarma, de espanto; salieron precipitadamente con rumbo a la farmacia de don Dámaso, diciéndose unos a otros: «¿Será posible?... ¡No es posible!... ¡No es posible!...» Agarró cada cual un medicamento, y a la boca; después de un detenido examen, febril y lleno de zozobra, repetían todos ellos a una: «¡Qué barbaridad!... ¡Qué atrocidad!... ¡Pero este hombre es un asno!...»

Don Dámaso recibió a la mañana siguiente una Comisión de farmacéuticos para indicarle la conveniencia de que cerrase la botica.

— Usted no sirve para el caso — vinieron a decirle sus colegas —, porque no hace usted más que desatinos, tanto en la lechería como en la botica. A ningún farmacéutico serio y que conozca su carrera se le puede ocurrir el disparate de fabricar medicamentos de verdad; eso es una burrada tan enorme, que no puede pasar sin protesta. La leche que usted vendía era mortífera, precisamente por emplear productos químicos; y los medicamentos no hacen daño, y hasta curan en muchas ocasiones, porque no tienen, en efectivo, ninguno de los componentes que los médicos hacen constar en las recetas, no para que el farmacéutico haga caso, sino por puro formulismo. ¿Qué sería de médicos y enfermos si los farmacéuticos fuésemos a tomar al pie de la letra las recetas?... ¿Cómo podría un médico prescribir con mano firme todas esas cosas que receta, si supiera que el enfermo se las iba a meter, efectivamente, en el cuerpo?... ¡Hombre, por Dios!... ¡Hay que tener cabeza!... ¿No comprende usted que a la menor equivocación de los doctores se iría el enfermo al otro mundo? ¿No comprende usted que no hay cristiano que pueda resistir toda esa serie de cuerpos sódicoactivos, coloidales, alcalóidicos, litinobenzoados y opomanganésicobenzoicos?... ¿Se figura usted que somos de cartón?... Pero ¿dónde tiene la cabeza?...

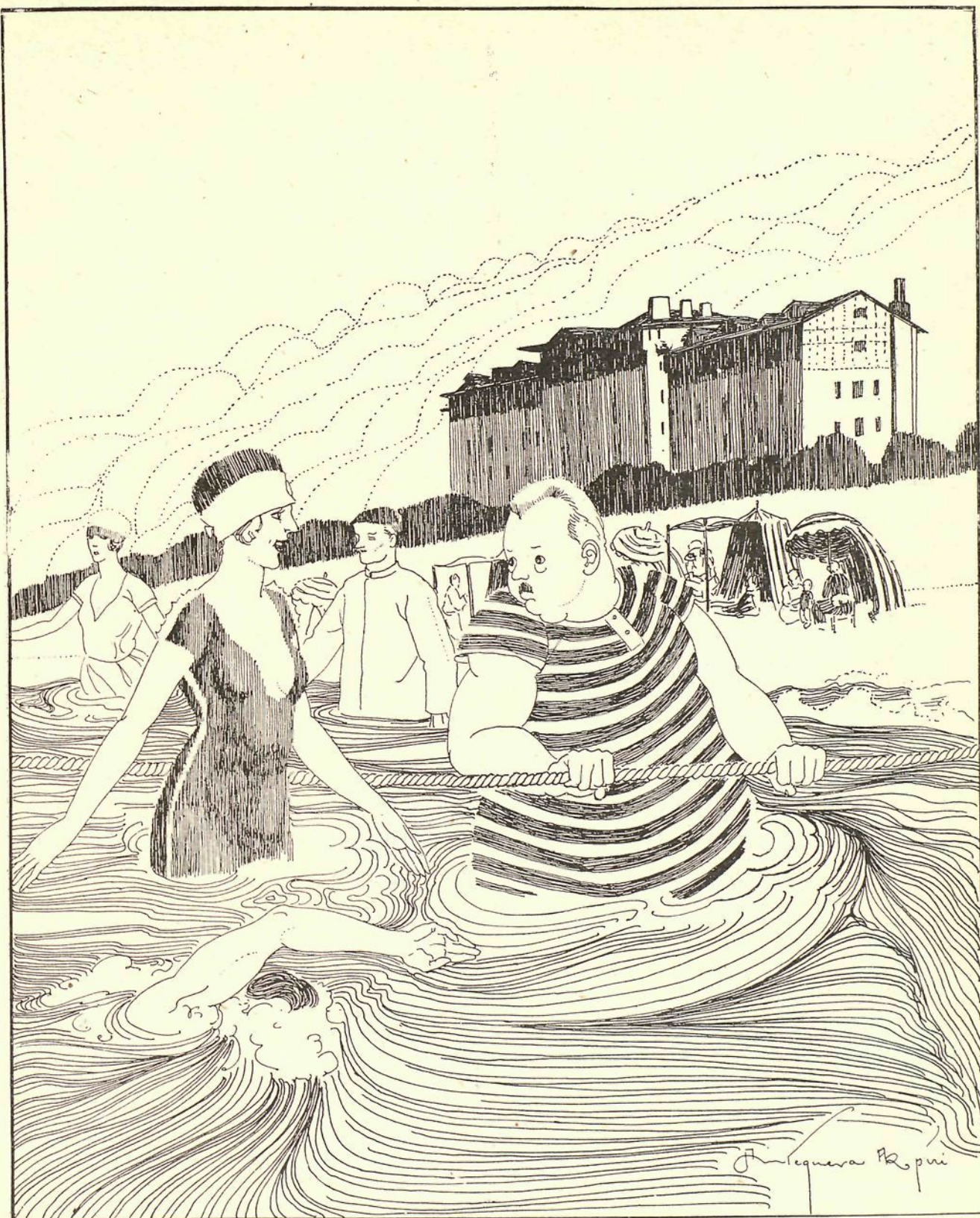
Don Dámaso liquidó al otro día la farmacia, y se hizo un manicomio para él solo...

MANUEL ABRIL.



Dib. REINOSO. — Madrid.

— Oiga, mozo: las ostras están todas cerradas.
— Vea el señor que hoy es domingo.



EN LA PLAYA

Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

EL GORDO (a su amiga, excelente nadadora). — Oye, preciosa: ya que te sostengo en tierra, podías sostenerme en el mar...

CINEMÁTICAS

UN PRECURSOR DE PÉREZ



BUEN seguro que os acordáis de aquel famoso Pérez que tanto nos hizo reír con su clarinete en el teatro de Eslava cuando éramos, ¡ay!, jovencitos. Pues bien: Pérez, el simpático Pérez, el que dió lugar a que se popularizara aquello de «¡Polca, Pérez!», ha tenido un precursor eminente, eminentísimo.

¡Qué verdad es que no hay nada nuevo bajo el Sol, como dice muy bien Luis Esteso!

Antes que Pérez pasara por el trance amarguísimo de tocar «por boquilla de otro», un príncipe, un príncipe nada menos, ¡qué atrocidad!, hubo de empuñar un arco y tocar con trampa.

He aquí lo sucedido: Bleriot, el insigne violinista y compositor Bleriot, tenía entre sus discípulos a un príncipe ale-

mán, negado en absoluto para dedicarse a otro arte que el de la guerra.

Estamos de acuerdo en que no se ha hecho el chocolate para los mulos de collera, como dijo el clásico, y afirmamos que este apotegma tiene más fuerza que un camión lanzado a toda máquina en los Cuatro Caminos.

Pero no nos perdamos en un mar de confusiones, que dicen los literatos, y retrotraigámonos y ciñámonos al asunto.

El bueno del príncipe, padre espiritual de Pérez, después de unos años — pongamos diez y siete — de tirar del arco, reunió en su palacio a lo más escogido de la corte austroberlinocheco eslovaca para que le oyeran, para que apreciaran su virtuosismo. El príncipe pensaba *chafar*, desde don Juan Manuel Stradivari y Pérez del Arco, hasta el ciego Simarro.

Su maestro, el insigne Bleriot, trató de disuadirle; pero todo fué inútil. El maestro temblaba como la hoja en el árbol ante el positivo, el indudable ridículo que iba a correr el príncipe.

— Si él hace un fiasco — se decía el

maestro —, me pone en el trance de abandonar el instrumento, porque mi fama vendrá al suelo, y los periódicos enemigos de la casa imperial se burlarán de mí.

Pero no hubo medio: el príncipe se empeñó en tocar, y cuando un príncipe se empeña, ¿qué han de hecer los súbditos?...

Llegó la noche fatal: los salones de la casa estaban resplandecientes de luz; todo lo que la población encerraba de más notable estaba allí reunido; especialmente, la colonia de artistas.

Sonó la hora, y presentóse el príncipe con su violín, empezando a preludiar un concierto de su maestro: desde los primeros compases cautivó la atención; habían corrido voces de que se le preparaba una derrota por su analfabetismo musical, y el público veía lo contrario. El andante llenó a todos de asombro, por la ternura, colorido, limpieza y buen gusto en la ejecución; el auditorio estaba subyugado, vencido, admirado; aquella era la escuela, el gusto y el sello artístico que Bleriot imprimía a todo lo que ejecutaba.

Cuando terminó el concierto, una salva de aplausos y mil ¡bravos! de entusiasmo ensordecieron los oídos del pobre príncipe, que dirigía a todas partes miradas de triunfo buscando a su maestro; pero Bleriot no estaba allí.

Para serenarse un poco y saborear su triunfo en la soledad, se retiró detrás de una elegante mampara que había junto al piano y que no sabía con qué objeto estaba colocada.

Allí apareció Bleriot, sentado en una silla, sudoroso, excitado, sin saber lo que le pasaba, como un sonámbulo del arte, con el violín y el arco en la mano.

— ¿Habéis oído, maestro? — le dijo el príncipe con orgullo.

— ¡Sí! Acabo de salvar mi reputación de maestro y de salvaros a vos mismo del ridículo.

— ¿Qué queréis decir?...

— Que yo he conquistado desde aquí los aplausos que la multitud os tributaba.

— ¡Vos!...

— Sí; temiendo un fracaso, poco antes de la hora del concierto he untado con sebo las cerdas de vuestro arco y las cuerdas de vuestro violín...

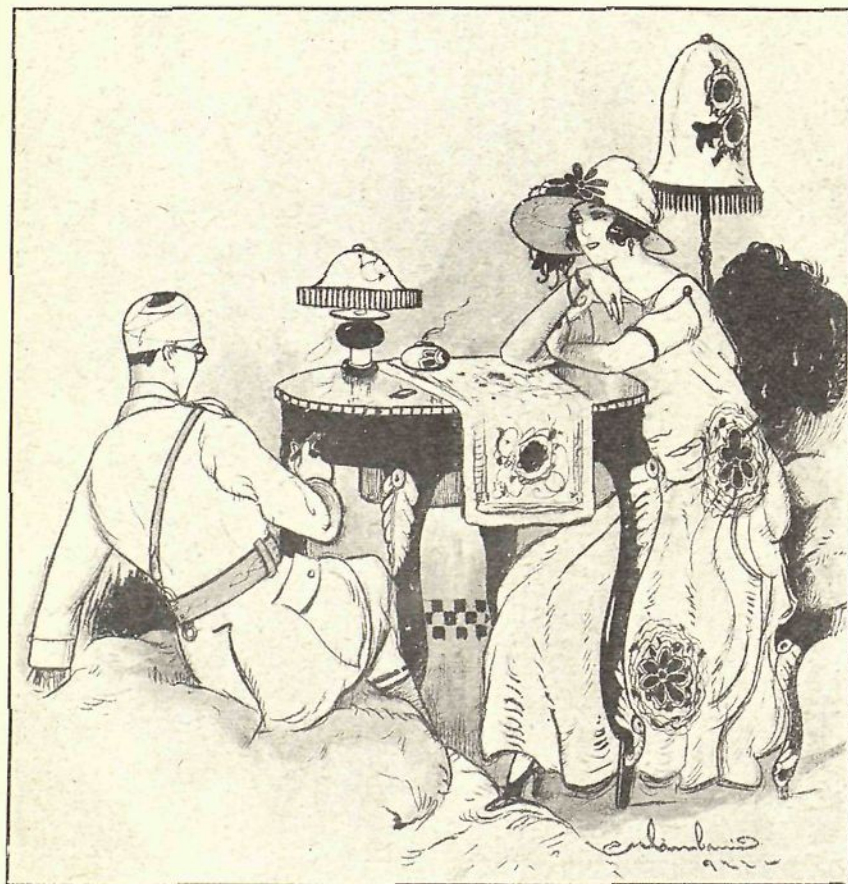
— ¿De modo, qué...?

Y el príncipe no se atrevió a terminar la frase.

— El ejecutante he sido yo, detrás de esa mampara.

El pobre discípulo cayó desplomado sobre un sillón; sus sueños de gloria desaparecieron; desde aquella noche no volvió a pulsar más instrumento que el arístón de doble teclado...

Si todos los que reciben aplausos por lo que otro hace, imitaran al príncipe de esta anécdota, ¿a cuántos habría que cortarles la coleta?



— ¿Por qué fué el desafío?

— Sólo por dar en la cabeza a Fernando, que tanto presume de tirador...

Dib. LAMARRI. — Zaragoza.

JUAN DE LA CHÁCENA.

DEL BUEN HUMOR AJENO

CONFIANZA Y LEALTAD, por Adrien Vély.



— Yo no será nada — dijo el médico a la señora Elías al salir del cuarto del enfermo —. Un simple enfriamiento. Solamente hace falta que no salga de casa en cuatro o cinco días. Yo vendré entonces a darle de alta.

La señora Elías volvió junto a su marido. Este, vuelto de cara a la pared, suspiraba y gemía dolorosamente. Ella le dijo:

— Vamos, no te apures... El doctor asegura que no tienes nada grave... Que te restablecerás en seguida, a condición de que no salgas en toda la semana.

— ¡En toda la semana!... — gimió el señor Elías —. ¡Cómo se conoce que a él no le cuesta nada que no salga la gente en toda la semana! A mí, que tengo precisamente dos cosas que hacer mañana..., ¡dos cosas de gran importancia!

— No hay nada que tenga tanta importancia como la salud — observó juiciosamente la señora Elías.

— Se trata de trescientos francos... ¡Vaya si es importante!

— ¿Trescientos francos? — dijo la señora Elías con curiosidad.

— Sí; dos letras de ciento cincuenta francos cada una. Cumplían mañana, y yo contaba con ir las a cobrar.

— ¿Quieres que las cobre yo? — dijo la señora Elías.

— ¿Me vas a dejar solo..., en el estado en que me encuentro?

— ¡Oh!... Una simple indisposición...

— No quiero que me dejes... No me quedaría tranquilo...

— No eres razonable... Pero, veamos, ¿tus clientes son serios y honrados?

— ¿Gradwohl?... ¿Silva?... ¡Crédito de primer orden!

— Puedes presentarles las letras cuando estés restablecido.

— Me cobrarían un interés...

— Es verdad...

La señora Elías reflexionó unos instantes. Después dijo:

— ¿Y si tú llamas a Gerson?

— Es una idea...

— Como lo tenemos tan a la mano... ¿Quieres que suba al tercero a ver si está en casa?

El señor Elías meditó:

— Gerson... Evidentemente... Si me da su palabra...

La señora Elías intervino:

— Yo siempre he considerado a Gerson como un buen hombre, incapaz de una indelicadeza... ¿No tienes tú confianza en su lealtad?

— Sí..., sí...; solamente...

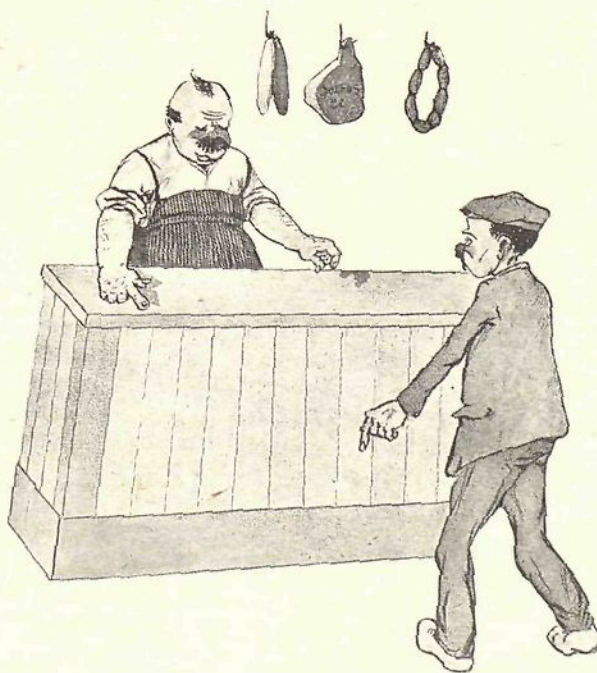
— ¿Solamente...?

— ¡Anda! Vé a buscarme a Gerson.



Algunos instantes más tarde, la señora Elías, que había subido al tercer piso, reapareció en el cuarto de su esposo, seguida del vecino que respondía al nombre de Gerson. Era un hombre joven y de una fisonomía inteligente.

— Buenos días, Gerson — dijo el señor Elías —. Me alegro de que le



— ¿Tiene usted riñones?

— Sí, señor.

— ¡Pues salga usted a la calle!

Dib. DOLFO. — Madrid.

haya encontrado mi mujer, porque yo quisiera pedirle a usted un favor...

— Ya sabe usted, señor Elías, que sólo deseo complacerle.

— Me permito pedirle a usted el sacrificio de un poco de su tiempo, si no tiene usted nada importante que hacer.

— Nada, señor Elías. En este tiempo están paralizados todos los asuntos. Si yo estuviera, como usted, a la cabeza de un buen negocio...

— Todo llegará, Gerson, todo llegará. El favor que yo le pido es presentar dos letras mañana, una de ciento cincuenta francos a monsieur Gradwohl, y otra, de igual cantidad, a monsieur Silva. Yo le quedaría muy agradecido si usted me las cobrase...

— Es muy sencillo, señor Elías... No vale la pena de hablar de ello.

— Sí..., sí... Vale la pena. Aquí están las dos letras.

— Usted tendrá la cantidad mañana por la tarde.

— ¿La cantidad... entera?

— ¡Oh, señor Elías!... ¿Es que no tiene usted confianza en mí?

— Sí; pero, Gerson... Yo sé que es usted un buen muchacho... Solamente quisiera decirle que este servicio que yo solicito de usted es un servicio... de amigo. No se trata de un negocio.

— ¡Naturalmente!

— Me alegro de que usted me entienda. Usted me entregará la cantidad, sin llevarse nada por el trabajo.

— ¿Por el trabajo?... ¡Oh!... ¡El trabajo no será muy grande!...

— ¡Me alegro! ¿Entonces, no quitará usted nada, Gerson? ¿Me lo promete?

— Se lo juro, señor Elías.



— He aquí el dinero, señor Elías.

Este se precipitó a contarlos y exclamó:

— ¡Gerson!... ¡Esto es in-noble!...

— ¿El qué, señor Elías?... — preguntó ingenuamente Gerson.

— ¡Aquí no hay más que doscientos francos!

—Sí. Está hecha la cuenta...

— ¡La cuenta! ¡Con un treinta y tres por ciento de comisión!... Usted me había jurado no llevar nada...

— Señor Elías, yo soy un hombre honrado... Lo prometido está prometido... Aquí está la nota, como comprobante...

Entregó al señor Elías un papel, en el que había escrito la siguiente suma:

Asunto Gradwohl.....	150
Asunto Silva.....	150
TOTAL.....	200

— Vea usted: no hay más que hacer la suma. Cero y cero hacen cero. Cinco y cinco hacen diez...

— ¡Y se lleva usted una! — interrumpió violentamente el señor Elías.

— Recuerde usted que me exigió la promesa de que no llevaría nada... Así, cinco y cinco hacen diez, y yo no me llevo nada... Uno y uno, dos. La suma está bien.

El señor Elías quedó unos instantes confundido y silencioso. Después dijo a Gerson:

— Amigo mío, ya voy para viejo... Me hace falta una ayuda... ¿Quiere usted ser mi contable?

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Algunos consejos a los espontáneos.

Literatos. — Procuren escribir sus cuartillas por una sola cara y con letra muy legible.

Procuren no escribir cuando no tengan nada nuevo que contarnos, pues como la literatura no es obligatoria para nadie, pueden ustedes ahorrarse el tiempo que van a emplear en decir cuatro tonterías, y nosotros el que tenemos que emplear en leerlas.

Procuren poner su nombre y residencia al pie de la última cuartilla, para facilitar-nos el trabajo de contestarlos.

Dibujantes. — Procuren dibujar con tinta china, sobre cartulina o papel bien blanco.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Procuren echar los menos borrones posibles. Procuren no dibujar cuando no tengan nada nuevo, etc. (Como tampoco el dibujo es obligatorio, hagan ustedes suyo el párrafo dirigido a los literatos.)

Procuren poner el chiste al pie del dibujo, junto con su nombre y residencia, pues viniendo el texto en papel aparte, nos armamos unos líos horribles.

Hemos rechazado muchos dibujos por malos que tenían chistes verdaderamente graciosos. Como es lástima que este trabajo se pierda, pueden ustedes remitirlos nuevamente con destino a nuestro concurso permanente de chistes. Ya que como dibujantes han quedado ustedes muy medianamente, pueden quedar muy bien como chistófilos.

Para todos. — La suscripción ha de hacerse dirigiéndose directamente a nuestro administrador, mandando su importe por adelantado.

Advertimos a ustedes que no nos emocionamos lo más mínimo cuando recibimos una amenaza de suscripción. Si el trabajo es malo, va directamente al cesto, con amenaza o sin ella.

Rebaná. Madrid. — Usted, que en otra cosa será tal vez una eminencia, en esto de la escritura está bastante desgraciadillo. Otra vez elija chistes menos conocidos para enviarnos.

J. S. A. Alcalá la Real. — Ahí va el consejo que nos pide. Procure usted dibujar al revés de como ahora lo hace, y es muy posible que entonces podamos asegurarle un porvenir como dibujante.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Saavedra. — No está mal; pero los chistes son muy inocentes.

M. E. Madrid. — Idem íd.

Paco. — Beno. — Ce-eme-ese. — J. R. E. Sevilla. — J. S. Alicante. — E. P. Baden-Baden. — F. G. D. Melilla. — J. P. Madrid. — Jhonny. — J. P. y M. C. Sevilla. — J. M. G. Madrid. — M. V. Madrid. — E. S. Gijón. — No sirven.

F. C. Lorca. — La explicación para abrir el paquete está muy bien; los dibujos que vienen en él están bastante flojos.

Campo. Astorga. — Serafin. — S. de la P. S. Carabanchel. — Pitín. Santander. — L. G. Madrid. — Funga. — Joso. — No sirven.

Aube. Madrid. — J. R. D. Chemorra. Melilla. — Un Aillonero. — Desheredado.

Robert. — Salvañ. — A. M. Marco. — F. B. Madrid. — Breva. Nador. — A. G. L. Madrid. — J. G. M. Madrid. — Chirimo-yo. — Pestaña. — A. R. Madrid. — Nuño. Marte. — L. D. Madrid. — Toto. Tetuán. Cocotiti. — Car. M. Madrid. — No sirven.

E. Noñir. — Tiene algún detalle bueno; pero, en general, es repetido y pesadillo. Haga usted otras cosas, a ver si acierta.

C. V. Madrid. — No está mal; pero le falta un poquito para estar bien. Nosotros llamamos dibujo a la mancha a todo el que está hecho empleando medias tintas de lápiz, carboncillo, aguada, etc. Pregunte usted lo que quiera.

Bajo-Calle. Paris. — Recibimos el paquete con los recuerdos que han tenido la gentileza de mandarnos. Por si se hubiera extraviado alguno, y para que puedan ustedes hacer la reclamación consiguiente, publicamos un inventario de los objetos que han llegado a nuestro poder: un espejo, una máquina de afeitar con una hoja usada, una brocha, una caja de polvos, un peine, una bacia, unos tirantes, unas ligas color violeta, un collar, un rosario, un libro de misa titulado Camino del Cielo, un puro, una cajetilla de 0,50, una caja de cerillas de 0,05, un tomo de papel de fumar y una trompeta.

Excepto las ligas, que nadie ha querido, todo lo demás fué equitativamente repartido entre nuestro personal, que desde ahora hace votos por el éxito más completo de su empresa.

Anel. Madrid. — López Rey. Madrid. — Bluff. — Sad. — F. R. Madrid. — A. R. Madrid. — M. P. Madrid. — Tokio. — No sirve.

Antonio. — Aceptado uno. El asunto del otro lo publicó Nuevo Mundo firmado por Max.

M. L. Zaragoza. — Publicaremos dos. C. V. Carabanchel. — C. B. Madrid. — J. G. S. Sevilla. — Serafin. — Azop. — No nos gustan.

Blay. Buenos Aires. — Se publicará.

Onasol. Madrid. — ¿Para qué nos manda usted ese calco de un dibujo de Zamora, publicado precisamente en BUEN HUMOR? O es usted tonto de la cabeza, o le falta muy poco.

Chatarra. Bilbao. — Aceptados los tres dibujos. No recibimos los que dice haber enviado anteriormente.

PEH121. — No sirven, y es lástima, porque algunos chistes están bien.

Arturo. Alicante. — No se moleste en mandarnos otra vez esos chistecitos, porque tenemos gran cantidad sobre el mismo tema y no publicaremos ninguno.

Esclard. Madrid. — Preferimos los chistes de Muñoz Seca, aunque sean conocidos, a los inéditos de su cosecha.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

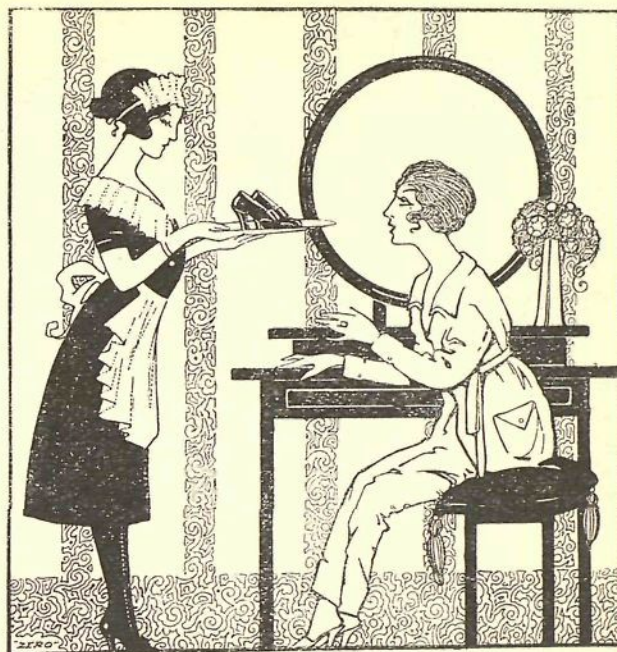
Trimestre	12,40 pesetas
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

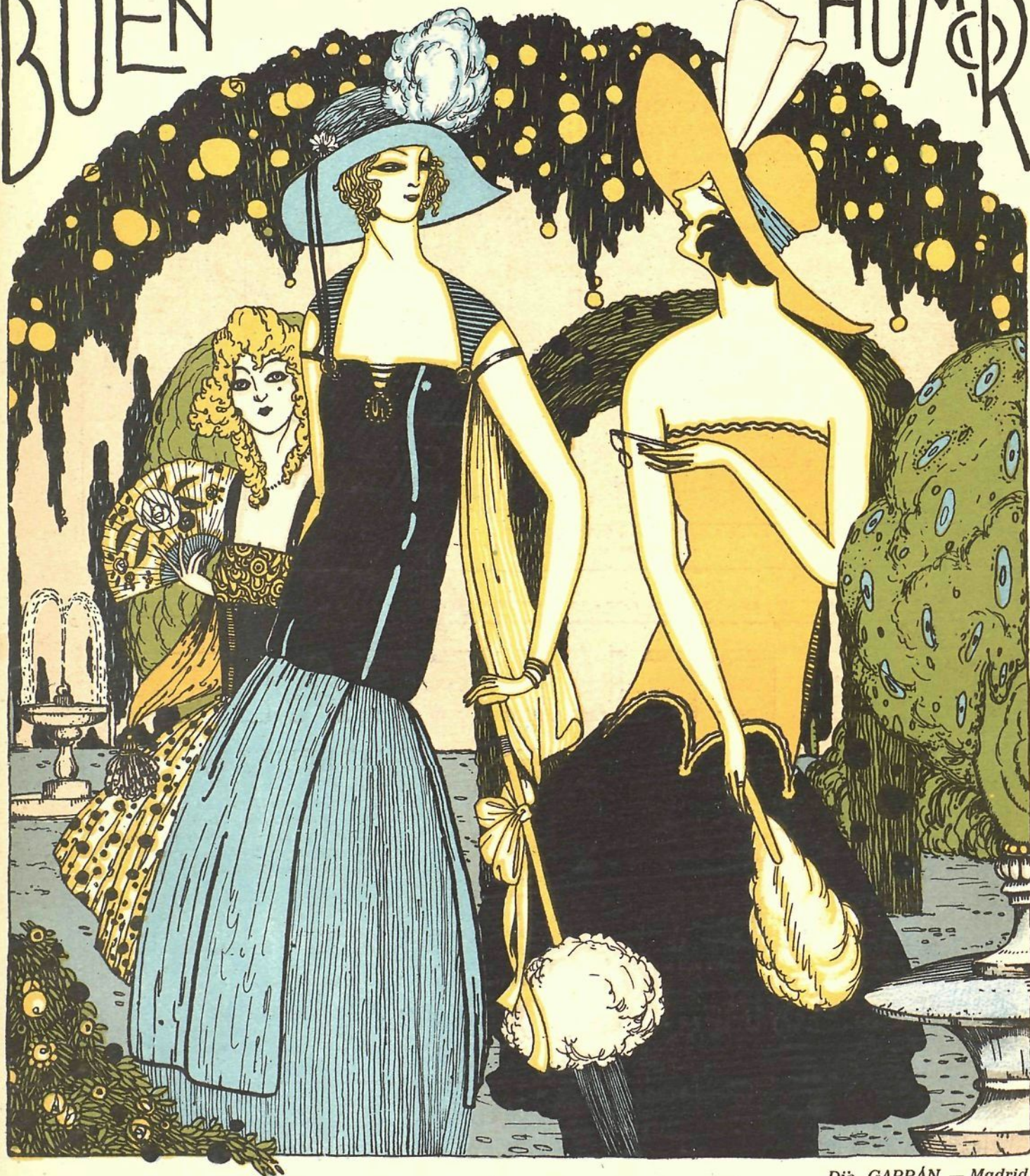
TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN

HUMOR



Diò. GARRÁN. — Madrid.

— Estoy muy ofendida con tu novio.

— ¿Y eso?

— Porque anoche al despedirnos me miró con mucha insistencia y luego dijo: Cada mochuelo a su olivo.